

## Capítulo 30: Reconocimiento legal y misión de la Compañía de María (1825)

Excepto las congregaciones, todas las obras de la Compañía de María de esta época estaban relacionadas con la enseñanza. Pero, en este campo, el Estado se mostraba celoso de sus propios privilegios. Napoleón le había dado un monopolio que pretendía emplear y con él tenía que chocar necesariamente toda asociación dedicada a la enseñanza, si no había un acuerdo entre ella y el Estado.

El P. Chaminade tuvo la experiencia de ello cuando fue invitado a propagar sus escuelas primarias en el Lot-et-Garonne. En el momento en que Villeneuve se disponía a confiarle sus escuelas municipales, primarias y secundarias, los representantes del poder se informaron si el nuevo Instituto estaba reconocido por el gobierno, y el fundador tuvo que prometer que haría las gestiones necesarias. Un poco más tarde, abrió la escuela normal de Saint-Remy, y el consejo general de la Haute-Saône le concedía una subvención de tres mil francos, pero el ministro del Interior tachó este capítulo del presupuesto departamental, alegando que el Estado ignoraba la existencia del Instituto así favorecido.

Al fundar su Compañía, el P. Chaminade se había propuesto expresamente no solicitar la aprobación del gobierno. Era respetuoso hacia el poder civil y no tenía intención de emprender nada que pudiese causar desconfianza, pero no quería verse coartado y contraer compromisos que le quitasen un día la libertad para su apostolado. Desconfiaba del interés que ponían los poderes en prometerle su aprobación y hacía notar<sup>1</sup>: «Si obran así, no es para favorecer a las instituciones sino para estar al tanto de sus movimientos, frenarlos o al menos dirigirlos en la medida de lo posible según sus planes». Había hablado de ello con sus primeros discípulos en las conversaciones que precedieron a la fundación<sup>2</sup>. David Monier le había animado por esta vía, asegurándole que la Compañía podría constituirse en el terreno de la legislación común. Con ese fin, el hábil abogado había imaginado una separación, que el fundador no admitió nunca, entre lo que él llamaba el colegio de sacerdotes y el de los laicos. Según su plan, «los laicos debían ocuparse de lo material; debían ocuparse de ello para ellos y para los sacerdotes» y constituir una sociedad universal de todos los bienes presentes, estrictamente conforme a las prescripciones del código relativas a esta clase de asociaciones<sup>3</sup>. Este plan era hábil. El P. Chaminade hablaba de él en estos términos<sup>4</sup>: «David Monier fue el que lo redactó laboriosamente (en agosto de 1823). Lo hice verificar con exactitud rigurosa por uno de los jefes de división de la prefectura. Decía ingenuamente que nunca hubiera creído que se pudiese encontrar un grupo religioso en el código civil». «Esta asociación, no haciendo nada en oposición a las leyes del Estado y no estando vinculada al gobierno por ningún lazo particular, no podría ser destruida mientras las leyes del Estado fuesen respetadas»<sup>5</sup>.

Al encontrarse con el Estado en el dominio de la enseñanza, que aquél pretendía reservarse en exclusiva, el P. Chaminade no se creyó obligado al principio a modificar sus cálculos. Creía que eran las escuelas las que tenían necesidad de aprobación y no la manera de vivir de los que las dirigían. Pensó en hacer aprobar sólo las obras de la Compañía, independientemente de su constitución y funcionamiento interior. Con motivo de la fundación de Villeneuve, encargó a David Monier que preparase una petición para la aprobación de la *Institución de las escuelas gratuitas* «cuyo centro estaba en Agen y la dirección en Burdeos»<sup>6</sup>. Absorbido por diversas preocupaciones y por la obra de Saint-Remy, David Monier dejó pasar un año, durante el cual también la escuela normal tuvo que pedir una autorización.

Era el tiempo en que «parecía aclararse un poco el horizonte político con la elevación de monseñor d'Hermopolis al ministerio de asuntos eclesiásticos y de instrucción pública»<sup>7</sup>. El P.

<sup>1</sup> Al P. Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 102.*

<sup>2</sup> Ver más arriba, capítulo 22.

<sup>3</sup> Título IX, capítulo II, sección I, artículos 1836 y siguientes.

<sup>4</sup> Memoria del 9 de abril de 1833. *Carta 682, Lettres, t. III, p. 282.*

<sup>5</sup> Memoria de Auguste Perrière, 14 de agosto de 1841. *AGMAR 6.2.47, p. 2.*

<sup>6</sup> Carta del 16 de agosto de 1822 a David Monier. *Fecha equivocada: es la carta 193, de 16 de abril de 1822. Lettres, t. I, p. 329.*

<sup>7</sup> Carta del P. Chaminade al P. Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 102.* Monseñor

Chaminade urgió a David Monier a no aplazar su trabajo<sup>8</sup>: «Me parece que usted encontrará actualmente más facilidad para conseguir lo que pedimos. Es una época, que quizá será única, en que el gobierno ve con buenos ojos a todas las instituciones útiles». Había además otro motivo para acelerar esta petición: el servicio militar le importunaba de modo especial quitándole jóvenes religiosos en el momento en que estaban formados. Ahora bien, si conseguía una aprobación del gobierno, podría hacer aplicar a sus religiosos la ley del 10 de marzo de 1818, que les eximía del servicio por un compromiso de diez años en la enseñanza primaria.

Pero, para conseguir este segundo fin, se hacía difícil hablar sólo de las obras y silenciar a la Compañía misma. El P. Chaminade decidió no hacer entrar a la Compañía en las negociaciones más que en la medida que lo exigiesen los beneficios a los que aspiraba. Decía<sup>9</sup>: «La Compañía de María no tendría necesidad de aprobación: su existencia, su organización y su acción no tienen nada contrario a las leyes. En el fondo, quiere más la aprobación de sus obras que la aprobación de ella misma». Por eso, en la redacción que iba a presentar al gobierno, se esforzó en no poner de relieve más que las obras. Apenas esbozó la organización de la propia Compañía de María y la declaró conforme a las prescripciones del código en lo que concierne a las sociedades universales ordinarias. Se refirió al régimen de asociaciones civiles ordinarias para todo lo relativo a los casos de separación o exclusión. Por el contrario, se extendía ampliamente en lo relativo a las obras que quería especialmente que fuesen autorizadas por el gobierno, que eran las escuelas primarias, las escuelas conjuntas y las escuelas normales.

Hasta ese momento el gobierno de la Restauración no había aprobado ninguna asociación religiosa de hombres que no fuese para la enseñanza primaria y en virtud de una ordenanza del 29 de febrero de 1816, cuyo artículo 36 decía lo siguiente: «Toda asociación religiosa o caritativa podrá ser admitida a proporcionar, según condiciones convenidas, maestros a los municipios que los pidan, con tal que dicha asociación esté autorizada por Nos y sus reglamentos y los métodos que emplee hayan sido aprobados por nuestra comisión de la instrucción pública». El P. Chaminade invocó esta misma ordenanza y, para conseguir la autorización solicitada, se escudó en las obras de enseñanza primaria a las que la Compañía estaba dedicada y que constituían sus trabajos más visibles. Pero, al insistir en este punto, no pretendía de ningún modo disimular el verdadero carácter de su Compañía. En los estatutos que presentaba, hizo mención expresa de los sacerdotes, elemento constitutivo de la asociación, así como de la enseñanza secundaria, de las congregaciones y de los retiros para los maestros de escuela. Especificaba también que el superior general debía ser escogido siempre entre los sacerdotes. Esta franqueza podía parecer una temeridad, pero, como lo reconocía el fundador<sup>10</sup>, si, a pesar de sus temores, solicitaba la aprobación, era «por un impulso interior».

La redacción, en 49 artículos, estaba ya lista en 1824. La muerte de Luis XVIII (septiembre de 1824) atrasó su presentación. En la primavera siguiente, el P. Chaminade confió al P. Caillet la delicada misión de llevar esta negociación en París. El P. Caillet fue allí en abril de 1825, con una súplica al rey y numerosas cartas de recomendación. Esas cartas provenían de los obispos<sup>11</sup> y, en general, de todas las autoridades a cuya vista trabajaba la Compañía. En su sesión del 8 de junio de 1823, el consejo general de Lot-et-Garonne había ya manifestado, a propósito de la Compañía de María, su voto favorable pidiendo al gobierno que «haga revivir las Congregaciones religiosas enseñantes, aliente las que existen y favorezca la creación de otras nuevas, para que la educación de la juventud, llevada de nuevo con una disciplina conveniente y basada fundamentalmente en los principios de la religión, ponga un freno saludable al espíritu de independencia y de incredulidad que ha transformado algunas escuelas superiores en focos de discordia y amenaza a la sociedad con nuevas revoluciones».

---

Frayssinous fue nombrado ministro de Educación en 1822, y ministro de asuntos eclesiásticos en 1824.

<sup>8</sup> 16 de junio de 1823. *Fecha ligeramente equivocada: es la carta 240, de 10 de junio de 1823, Lettres, t. I, p. 433.*

<sup>9</sup> Carta a Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 104.*

<sup>10</sup> Al P. Caillet, 26 de julio de 1825. *Carta 363, Lettres, t. II, p. 102.*

<sup>11</sup> Monseñor d'Aviau tuvo la delicadeza de dirigir la suya al P. Chaminade el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1823, «una de las fiestas de nuestra buena Madre, decía su vicario general Barrès, y la fiesta por excelencia de sus congregaciones. La ocasión es muy hermosa para enviarle la aprobación del Instituto de María».

La aprobación personal del prefecto de Lot-et-Garonne, fechada el 21 de abril de 1825, estaba redactada en términos casi entusiastas: «Puedo decir con toda verdad que el bien que este Instituto ha hecho es casi increíble, tanto por la edificante conducta regular de los maestros como su perfecta manera de enseñar a la juventud». Las recomendaciones venidas del Norte, de los rectores de Estrasburgo y Besançon, de los prefectos del Doubs y de la Haute-Saône no eran menos elogiosas. Finalmente, si hubiese sido necesario, el P. Chaminade contaba en París con amigos influyentes, de una fidelidad a toda prueba, y, en primer lugar, el duque de Montmorency y el conde Alexis de Noailles, pero usó de su influencia sólo con moderación<sup>12</sup>. Abandonó con sencillez su causa a aquellos de los que ella dependía, el P. Lachapelle, director de asuntos eclesiásticos, y el ministro monseñor Frayssinous.

Por parte de este último tenía asegurada una acogida favorable. Lo conocía personalmente desde 1816, en que el prelado estuvo varias semanas en Burdeos. Se entrevistó con él varias veces en el arzobispado y, desde entonces, se mantenía en correspondencia. Le escribió con mucha confianza<sup>13</sup> recomendándole al P. Caillet y su misión. Según cuenta el P. Lalanne<sup>14</sup>, «el P. Caillet inspiró mucho interés y confianza a monseñor d'Hermopolis. Lo que habría podido perjudicarle le ayudó. Me refiero a su poco mundo, su timidez, su apuro y la dependencia total de su superior que manifestaba. El prelado, que era todo un hombre de corte, apreciaba estas cualidades en un sacerdote y en un religioso. Acogió al pobre sacerdote con bondad, le animó, le hizo comer con él para que estuviera más a su gusto, y entró, en lo que pudo, en los planes del fundador».

Hacer aprobar los 49 artículos por una ordenanza real no era fácil, porque, a pesar de toda la buena voluntad del ministro, su poder era limitado por el parecer del consejo de Instrucción pública y del consejo de Estado en donde las doctrinas liberales, o también galicanas, estaban ampliamente representadas. Para allanar las dificultades, el P. Chaminade confiaba mucho en la lealtad con la que presentaba su Compañía. Decía al P. Caillet<sup>15</sup>: «Espero que la sencillez, la franqueza y el celo con que nos presentamos conseguirán más que todas las hermosas frases que procurásemos hacer». Pero el ministro hizo comprender al P. Caillet que el proyecto de estatutos ganaría aligerándolo de todos los artículos que no eran fundamentales, y sobre todo que era muy imprudente hacer mención tanto de las congregaciones, en la época en que ya este nombre era en manos de los liberales un petardo contra la religión, como de la enseñanza secundaria, que provocaría las susceptibilidades del consejo de Instrucción pública, más celoso que nunca de los privilegios de la universidad. Aunque estas obras no estarían prohibidas, se hablaría sólo de la enseñanza primaria, único tema que el gobierno podía aprobar directa y explícitamente en las circunstancias actuales. Así se llegó a reducir el número de estatutos de 49 a 21, de los que el primero estaba formulado así: «La Compañía de María está especialmente dedicada a la enseñanza primaria».

El P. Chaminade se turbó y llegó a preguntarse si no habría sido imprudente al dar los pasos que había dado. Cuando, con ocasión de Pentecostés, como era costumbre en la Magdalena, sacó a suertes uno de los siete dones del Espíritu Santo, encontró muy a propósito lo que le tocó a él, así como al P. Caillet y a Auguste Perrière: el don de *consejo* y el fruto de la *paciencia*<sup>16</sup>. Durante las fiestas de consagración del rey, que atrasaron las negociaciones casi un mes<sup>17</sup>, no cesó de rezar y hacer rezar para que Dios se dignase iluminarle en la grave coyuntura en que se encontraba. A veces, prestando oído a las discusiones de las cámaras y viendo la desconfianza de que eran objeto las Congregaciones religiosas, parecía lamentar el haberse adelantado y se sorprendía de que monseñor Frayssinous se hubiese atrevido a presentar una ley católica como la que regulaba la situación de las Congregaciones de mujeres. Decía<sup>18</sup>: «El gobierno de hoy no quiere más legislación católica que la de Bonaparte, y quizá estaría bien esperar a que el gobierno fuese católico en espíritu antes de presentar ninguna ley que lo suponga. ¿No será mucho pedir que autorice la existencia de las Congregaciones cuyo fin es traer de nuevo el verdadero espíritu del

<sup>12</sup> Su carta al duque de Montmorency, 11 de abril de 1825, no habla más que de religión. *Carta 330, Lettres, t. II, p. 13ss.*

<sup>13</sup> 7 de abril de 1825. *Carta 329, Lettres, t. II, p. 11s.*

<sup>14</sup> *Not. historique*, p. 31. *La Gerbe-3, pp.34-35.*

<sup>15</sup> 2 de mayo de 1825. *Carta 337, Lettres, t.II, p. 37.*

<sup>16</sup> Carta a Caillet, 24 de mayo de 1825. Pentecostés era el 22 de mayo. *Carta 345, Lettres, t. II, p. 30.*

<sup>17</sup> La consagración tuvo lugar en Reims el 29 de mayo y la entrada del rey en París el 6 de junio.

<sup>18</sup> Al P. Caillet, 23 de junio de 1825. *Carta 352, Lettres, t. II, p. 65.*

cristianismo?». Pero el asunto estaba en marcha y creyó comprender que la voluntad de Dios era continuarlo. Escribía al P. Caillet<sup>19</sup>: «No se inquiete, yo tampoco me inquieto; todo está en manos de Dios». El dossier fue enviado al consejo de Instrucción pública el 5 de julio.

No se esperaba demasiada benevolencia por parte de ese consejo. Así escribía el P. Chaminade<sup>20</sup>: «Aunque el parecer del consejo de Instrucción pública no nos sea totalmente favorable, el consejo de Estado podría pasar por encima. ¡Pongamos todo en manos del Señor y de la santísima Virgen!». Efectivamente, el consejo exigió supresiones más radicales que las que había sugerido el ministro. Los artículos que había redactado el propio ministro para que quedase en los estatutos algún vestigio del papel de los sacerdotes en la Compañía fueron suprimidos: no se debía hablar ni de los retiros para los maestros de escuela ni de una casa de formación clerical, sino sólo de la enseñanza primaria. Eso era todo lo que la universidad podía tolerar.

El P. Chaminade se decía «poco sorprendido»<sup>21</sup> de estas supresiones por parte de los que las provocaban, pero pensaba que no serían definitivas y añadía: «Estos artículos son necesarios para que la Compañía de María pueda conseguir el fin de su institución, y, sin duda, estos señores del consejo de Instrucción pública temen que consiga más de lo que ellos desean». Algunos días después decía<sup>22</sup>: «En el fondo, la Compañía de María se desnaturalizaría, si se tomasen las supresiones con rigor. Se necesita flexibilidad y ya sabe usted las muchas redacciones que hemos hecho de los estatutos. Hemos consentido en todo lo que no desnaturalizase la Compañía. Pero no podemos consentir no ser lo que somos».

Todavía fue peor cuando el asunto llegó al consejo de Estado. Allí salió el tema que el P. Chaminade quería evitar, el de la existencia legal de una Congregación religiosa de hombres. Se quería entrar en el derecho común y el Estado no quería otorgar a las Congregaciones el derecho común. No sólo Napoleón, por el decreto del 3 messidor año XII, había dado al gobierno el derecho de autorizar las comunidades religiosas, con la condición de que los estatutos fueran visados por él, sino que también una ley más reciente, la del 2 de enero de 1817, había declarado la necesidad de un acto legislativo para reconocer la capacidad civil a todo establecimiento religioso. Dijo el P. Chaminade: «Lo que nosotros pedimos no es tanto la autorización de ser lo que se dice en el artículo 6 (donde se menciona la sociedad universal) como el poder hacer las obras que aparecen en los estatutos. ¿Cómo se nos hubiera podido ocurrir pedir lo que la ley concede?». Es que precisamente el gobierno negaba a las Congregaciones religiosas lo que la ley concede a todas las demás asociaciones.

El consejo de Estado exigió que en los estatutos no se tratase de una sociedad universal de todos los bienes presentes, sino sólo de una sociedad universal de beneficios, es decir que no quería reconocer a los asociados el derecho de poner en común su fortuna anterior sino sólo los beneficios posteriores a su entrada en la sociedad. Se notó el ardor que puso el hábil Cuvier en defender los derechos del Estado laico. Se acordaba en sus momentos de que era protestante, y su voto era particularmente importante, porque era miembro a la vez del consejo de Instrucción pública y del consejo de Estado. Como miembro del consejo de Estado pretendía ver algo de turbio en los artículos de los estatutos que había suprimido el consejo de Instrucción pública, en los que se mencionaba a los sacerdotes. Se pronunció el nombre de jesuitas, como si la temida Compañía estuviese escondida detrás de la pequeña Compañía de María. Esta sospecha sorprendió al P. Chaminade. Dice él<sup>23</sup>: «Nos mostramos completamente al descubierto, se ha quitado el envoltorio de nuestra existencia, ¡y se nos teme! ¿Se nos castigará por hablar francamente con el gobierno? Que el consejo se tranquilice sobre los pueriles temores que le pudiera inspirar la Compañía de María. Digo pueriles por los motivos o suposiciones que se hace, como por ejemplo que nosotros somos jesuitas, que en Burdeos hay una congregación que yo he formado, etc. ¿Qué tipo de relación se puede encontrar entre la Compañía de Jesús y la Compañía de María? No veo otra que la de profesar las dos la religión católica. En cuanto a la Congregación, no hay más que ver una cosa: la Congregación de Burdeos es más antigua que la de París, los usos y prácticas de una y otra son completamente diferentes, y no ha habido ninguna comunicación anterior entre los directores.

<sup>19</sup> *Ibidem* Error: es otra carta, la 365, de 28 de julio de 1825, *Lettres*, t. II, p. 109.

<sup>20</sup> Al P. Caillet, 15 de julio de 1825. *Carta 358*, *Lettres*, t. II, p. 88.

<sup>21</sup> Al P. Caillet, 21 de julio de 1825. *Carta 360*, *Lettres*, t. II, p. 90.

<sup>22</sup> 26 de julio de 1825. *Entresacado de la carta 363*, *Lettres*, t. II, pp. 102-103.

<sup>23</sup> Al P. Caillet, 28 de julio de 1825. *Entresacado de la carta 365*, *Lettres*, t. II, p. 108. La cita del párrafo siguiente está allí mismo, p. 109.

Sólo la palabra "congregación" puede llevar a engaño, pero sería pueril detenerse en una palabra genérica para sacar conclusiones en materias tan graves».

Más preocupado que nunca, el P. Chaminade dio al P. Caillet las instrucciones siguientes: «Si el consejo de Estado, a pesar de todas sus observaciones, no aprobase pura y simplemente, no dé sus consentimiento sin escribirme antes. Haga lo posible para que estos pobres estatutos, así dislocados, no tengan la sanción real, puesto que, en el fondo, ya no sería la Compañía de María existente la que se aprobase».

No mantuvo esas disposiciones cuando legistas destacados, como Berryer y Billecocq, le aseguraron que el consejo de Estado se inspiraba en la tradición jurídica y que había que resignarse a este poder del Estado sobre las Congregaciones religiosas. Se le hizo comprender también que no debía alarmarse por las modificaciones pedidas antes por el consejo de Instrucción pública. Le garantizaban las buenas intenciones del gobierno, que no podía, sin ponerse en un compromiso, aprobar en términos formales otra cosa que la enseñanza primaria. Le aseguraron que la Compañía de María no se modificaría de hecho, ni en su composición ni en sus obras, y que las supresiones y los cambios exigidos eran de pura forma. Después de estas conversaciones, consintió todavía en la supresión de la palabra *especialmente* en el primer estatuto: «La Compañía de María está especialmente dedicada a la enseñanza primaria». Por lo demás, se había admitido que el superior general fuese siempre un sacerdote nombrado por la Compañía en su seno, lo que implicaba que la Compañía estaba compuesta de sacerdotes y laicos. Para las obras, no se habían excluido las que eran especialmente religiosas o que se referían a la enseñanza secundaria, sino que se contentaban con silenciarlas.

Durante dos meses, el P. Chaminade había luchado denodadamente por la defensa de sus estatutos. Cuando se llegó al final, aunque no había obtenido precisamente lo que se había propuesto, agradeció efusivamente a la divina Providencia por haberle reservado un resultado equivalente al que él deseaba. Escribió a su representante en París<sup>24</sup>: «Bendigamos juntos los santos nombres de Jesús y María: *Sit nomen Jesu benedictum, sit nomen Mariae benedictum! In te, Domine, in te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*». Y pocos días después<sup>25</sup>: «Desde hace muchos días me parece sentir que la santísima Virgen toma un interés muy especial por su pequeña Compañía».

De acuerdo con el ministro, fijó, basándose en lo determinado por los dos consejos, los términos precisos de los estatutos, reducidos a diecinueve. Fueron firmados por el P. Chaminade el 26 de octubre, después refrendados por el ministro y adjuntados a una ordenanza real fechada el 16 de noviembre de 1825, cuyos términos eran en todo conformes a los que, desde la ordenanza del 29 de febrero de 1816, se empleaba para autorizar las diferentes asociaciones de hombres<sup>26</sup>.

Este reconocimiento legal permitió al P. Chaminade hacer el bien con más facilidad. No le ocasionó las trabas que temía al principio. El gobierno, que conocía a la Compañía en el conjunto y en los detalles, no puso la menor objeción a las obras que no eran mencionadas en los estatutos ni en la ordenanza. Al contrario, inmediatamente después de la firma del documento, el propio ministro de Instrucción pública, a petición del rector de Besançon, el P. Calmels, solicitó al P. Chaminade uno de sus sacerdotes para dirigir el colegio de Gray, lo mismo que el P. Collineau dirigía el colegio de Villeneuve. El plan del ministro era introducir en la universidad educadores cristianos, persuadido de que la institución era buena y sólo había que cambiar a los hombres. Con esta propuesta el ministro decía claramente al fundador que la constitución de la Compañía de María había sido admitida por el gobierno y que era reconocida legalmente del modo más explícito posible entonces. Por tanto, el P. Chaminade no tenía que arrepentirse de la franqueza y apertura que habían presidido todas sus gestiones.

<sup>24</sup> 11 de agosto de 1825. *Carta 372, Lettres, t. II, p. 126.*

<sup>25</sup> 18 de agosto de 1825. *Carta 375, Lettres, t. II, p. 131.*

<sup>26</sup> Esta ordenanza del 16 de noviembre de 1825 no es la única por la que el gobierno reconoció legalmente a la Compañía de María. Fue confirmada por varios decretos siguientes: decreto del 18 de abril de 1857 que autoriza a la Compañía a recibir directamente dones y legados; decreto del 18 de agosto de 1860 que autoriza a la Compañía a trasladar su sede principal de Burdeos a París; decreto del 20 de septiembre de 1876 que autoriza a la Compañía a incluir en sus estatutos, con el nº 13 bis, un artículo relativo a la sustitución provisional del superior general en casos de enfermedad grave, muerte, dimisión o destitución.

A partir de ese día, para conformarse a los estatutos, tomó el título de superior general y constituyó su consejo, que estuvo formado por Collineau, Lalanne y Auguste, con los títulos respectivos de jefe de celo, de instrucción y de trabajo. En la carta que escribió a David Monier para comunicarle la elección que había hecho y confirmarle a él como secretario general, el P. Chaminade resumía así las diversas impresiones que le había causado la ordenanza y su satisfacción final<sup>4</sup>: «Tengamos valor, el Señor y su augusta Madre estarán con nosotros. Aunque la ordenanza real sea muy pobre y estemos, hasta cierto punto, bajo la dependencia del gobierno y de la universidad, no puedo considerarla desfavorable. Al contrario, quiero verla como un favor que Dios hace a la religión en nuestra desgraciada patria. A nosotros corresponde obrar según sus planes. Además, los estatutos, por mucho que hayan sido modificados, no ponen ningún obstáculo a todo lo que se podría pedir todavía, tanto en el orden civil como eclesiástico». Y añadía: «Me parece que mi ánimo aumenta. *Omnia ad majorem Dei gloriam Virginisque Deiparae*».

En otros términos, pensaba que los estatutos presentaban ventajas reales, por las que había que bendecir a la Providencia, sin que su mutilación hubiese traído consigo la terrible consecuencia que se podría temer, contra la cual había luchado desesperadamente el fundador. Lo que se había temido era alguna alteración del fin propio de su Compañía, en su composición y en su misión. Se había salido con la suya en este punto capital: su Compañía quedaba, después de su reconocimiento legal, como era antes. Después como antes, no era propiamente una asociación enseñante, menos todavía una asociación de enseñanza primaria, sino una asociación de hombres apostólicos que persiguen, como su fin esencial, la multiplicación de los cristianos o, según la palabra preferida del fundador, la *misión*. La enseñanza, como todas las demás obras que adoptase, no sería más que un medio para conseguir ese fin. Después como antes, el P. Chaminade podía decir a sus hijos<sup>27</sup>: «Vosotros sois verdaderos misioneros. La enseñanza de la juventud no es el fin que os habéis debido proponer al consagraros enteramente a Dios bajo la protección de la augusta María. La enseñanza no es más que un medio que empleamos para cumplir nuestra misión, es decir, para introducir en todas partes el espíritu de fe y de religión y multiplicar los cristianos. Si enseñamos las ciencias y las artes es para enseñar al mismo tiempo la ciencia de la salvación. Todos sois misioneros; cumplid vuestra misión».

En el momento de su reconocimiento legal, la Compañía de María no tenía todavía unas Constituciones detalladas que explicasen claramente el pensamiento del fundador. Esta circunstancia decidió al P. Chaminade a aplazar la publicación de los estatutos en el interior de la Compañía. Ese era también el parecer de su consejo, que temía como él que este documento indujese a error a los religiosos. La Compañía se presentaba allí de modo incompleto y los que no estaban al tanto de las negociaciones podían llegar a creer que el Instituto había sido modificado en su esencia. Así pues, el P. Chaminade decidió que el texto de los estatutos fuese promulgado más tarde, al mismo tiempo que una redacción de las Constituciones religiosas, que tenía intención de ponerse a redactar inmediatamente. Las Constituciones servirían entonces de comentarios a los estatutos y colmaría sus lagunas.

Esta prudencia daba la razón al fundador, que se veía rodeado de escollos de todas partes. El asunto del reconocimiento legal no era más que un aspecto del peligro general que corrió la Compañía de María, no en cuanto su existencia, pero sí en cuanto a su fin propio. Efectivamente, de todas partes y casi simultáneamente, al P. Chaminade le solicitaban modificar la esencia de su fundación en los sentidos más diversos. Acudían a él asociaciones religiosas y, con ofrecimientos seductores, le invitaban a servirse de ellas para reforzar las propias líneas operativas del fundador, pidiéndole a cambio desviar esas líneas lo necesario para emplear las armas de que estaban provistas dichas asociaciones. Pero aquí estaba el peligro. El P. Chaminade tenía conciencia de ello y, manteniéndose siempre atento, desplegó una sagacidad y una energía excepcionales para conservar la misión que le había sido confiada y que él no creía poder modificar a su arbitrio. Así había obrado en los orígenes del Instituto de las Hijas de María, cuando lo vio amenazado de transformarse en Congregación de las Huérfanas de San José y cuando más tarde trató de una fusión con las religiosas de la Madre Emilie en Villefranche. Del mismo cuidado rodeó a la Compañía de María y defendió su fin propio con igual energía.

Esa fue su actitud respecto a su discípulo y amigo P. Noailles, que, al día siguiente del reconocimiento legal de la Compañía de María, acudió a él para fundir en el Instituto de María las

<sup>4</sup> Carta 385, *Lettres*, t. II, p. 165.

<sup>27</sup> Al P. Chevaux, 17 de febrero de 1834. *Entresacado de la carta 725, Lettres*, t. II, p.378.

dos Congregaciones de las que el P. Noailles era fundador. Una, la de las religiosas, fundada en 1820, estaba dedicada a la salvación de las jóvenes que están expuestas en el mundo por falta de casa o de medios de subsistencia; eran las *Hermandades de Loreto*. La otra, la asociación de los *sacerdotes pobres*, sólo tenía tres años de existencia y se proponía dirigir a las Hermandades de Loreto y edificar al mundo con el espectáculo de una pobreza perfecta. El P. Noailles atravesaba uno de esos momentos de desfallecimiento a los que está sujetas las naturalezas ardientes cuando chocan con las asperezas del camino. Venía a echarse en brazos del P. Chaminade y dejarle toda su obra con una admirable humildad. Decía<sup>28</sup>: «¿Será una tentación o será una inspiración que debo a la santísima Virgen? Pero todas las veces que caigo en mis turbaciones, mi corazón y mi mente se vuelven hacia el Instituto de María, como el único que puede conciliar la necesidad de mi alma con las ideas que he tenido para la gloria de Dios y los lazos indisolubles que me unen con las obras que ya he comenzado».

El P. Chaminade no aceptó la propuesta más que a condición de que el espíritu de sus propias fundaciones permaneciese intacto. En ningún caso las religiosas de Loreto podrían juntarse a las Hijas de María: su fin era demasiado especial y, como era excelente, debía conservarse sin ninguna modificación, pero, si fuese necesario, podrían ser dirigidos por los superiores de las Hijas de María. En cuanto a los sacerdotes pobres, si se juntaban a la Compañía de María, tendrían que renunciar a prácticas de pobreza incompatibles con el fin especial de esta Compañía<sup>29</sup>, pero, dice el P. Chaminade, «¿la forma comporta el fondo?». Los sacerdotes pobres no tendrán que renunciar ni al espíritu «de desprendimiento perfecto y desapropiación absoluta» que profesan ni, con mayor razón, al espíritu de celo que les anima, y si no les atrae la enseñanza, que no se agarren a eso<sup>b</sup>: «Es verdad que la Compañía de María destina la mayor parte de sus miembros a la enseñanza de los conocimientos y de las letras humanas, pero se dedican a ello sólo como medio necesario para la regeneración presente en todos los estados y en todas las condiciones. ¿Es entonces extraño que se destine a cierto número, sobre todo entre los sacerdotes, únicamente a la predicación, a los retiros, a las misiones y a todos los ejercicios del santo ministerio? Ese es el espíritu de la Compañía de María, que se presenta así en las aprobaciones del señor arzobispo de Burdeos y de varios arzobispos y obispos, y, por sus diversas instituciones, tiene necesidad esencial de misioneros. La Compañía es esencialmente *misionera* en la universalidad de sus miembros, y trabaja en su gran objetivo, que es el mantenimiento de la religión y la multiplicación de los cristianos».

El P. Chaminade pareció demasiado exigente, no al P. Noailles sino a sus compañeros, y la fusión no tuvo lugar. Las *sacerdotes pobres* no pudieron sostenerse y su asociación dejó de existir al año siguiente<sup>c</sup> (1827). Respecto a las Hermandades de Loreto, el P. Noailles recobró confianza en sí mismo y en su misión y puso con ellos el fundamento de un edificio grandioso y armoniosamente proporcionado, la *Sagrada Familia* en sus siete ramas, cuya prosperidad garantiza su origen providencial<sup>30</sup>.

Muchas otras fusiones fueron propuestas al P. Chaminade, y su actitud fue siempre la misma. Prefería condenarse a un desarrollo lento, y no introducir en el seno de su Compañía elementos que no fuesen perfectamente homogéneos. Encontramos esta preocupación, por ejemplo, en la acogida que dispensó a su querido hijo, el P. Bouet, cuando en 1822 este último llegó de España a Burdeos<sup>d</sup> al frente de algunos restos del convento de trapenses de Santa Susana,

<sup>28</sup> La carta no está fechada, pero ha sido escrita los primeros días de febrero de 1826. La respuesta del P. Chaminade es del 15 de febrero de 1826. *AGMAR 27.1.554*. Cfr. también *Lettres, t. II, p. 171*.

<sup>29</sup> Según sus reglas, los *sacerdotes pobres*, dice el P. Noailles, «no pueden aceptar ningún cargo que tenga emolumentos o que obligue a residencia. No poseen ni colectiva ni individualmente. A excepción de la limosna diaria unida a la celebración de la santa misa, no reciben ninguna retribución por las funciones que ejercen».

<sup>b</sup> *Carta 388, Lettres, t. II, p. 177*.

<sup>c</sup> *Consultar a este respecto Lettres, t. II, pp. 180-181*.

<sup>30</sup> La Sagrada Familia comprende siete órdenes de religiosas cuya misión es diferente y que son gobernadas por una única administración central residente en Burdeos. Es una creación única en su género y manifiestamente bendecida por Dios. Estas son las siete ramas: Damas de Loreto (educación de las clases acomodadas), Hermandades de San José (asilos y talleres de costura), Hermandades de la Inmaculada Concepción (educación de la clase media y popular), Hermandades agrícolas (escuelas rurales), Hermandades de la Esperanza (cuidado de los enfermos), Hermandades solitarias (contemplativas), Hermandades de Santa Marta (trabajos internos en las diversas ramas).

<sup>d</sup> *El P. Bouet volvió de España solo, no con algunos monjes. Ver AGMAR 16.7.5*.

expulsados por segunda vez de su soledad por la Revolución. Después de haber dirigido su comunidad en medio de las circunstancias más difíciles<sup>31</sup>, el P. Bouet, desistiendo de reconstituirla, y habiendo sabido que su padre y amigo, el P. Chaminade, vivía todavía, tomó el camino de Burdeos. La emoción fue grande por parte de ambos cuando, después de una ausencia tan larga, el maestro y el discípulo se fundieron en un fuerte abrazo. El P. Bouet, queriendo no abandonar ya más a su padre, en el caso en que la Trapa no se volviera a abrir, solicitó el favor de acabar su vida en la Compañía de María. Pero el P. Chaminade no consintió en ello más que a condición de que rehiciese su noviciado para imbuirse del espíritu del Instituto. Efectivamente, en junio de 1822, el humilde religioso entraba en Saint-Laurent con uno de sus cohermanos. No estuvo más que un año porque monseñor d'Aviau decidió la fundación de una Trapa en Saint-Aubin, a las puertas de Burdeos (1824), y allí fue el P. Bouet con su compañero<sup>32</sup>. Pero la fundación tuvo pocos años de vida. Quebrantado por las fatigas y austeridades, el P. Bouet no pudo entrar de nuevo en la Compañía de María, pero colaboró con sus obras hasta su muerte (1848) y llegó a ser el confesor de su Buen Padre, el P. Chaminade.

Donde el P. Chaminade tuvo que desplegar toda su firmeza fue con las propuestas de fusión que le vinieron de diferentes Institutos enseñantes. Al lado de los Hermanos de Ploërmel y de los Pequeños Hermanos de María suscitados por hombres no sólo de alta virtud, sino también de experiencia y talento<sup>33</sup>, otras Congregaciones eran menos favorecidas y buscaban bases sólidas para

---

<sup>31</sup> Reproducimos aquí, para que quede constancia, una página de las notas manuscritas del P. Rigagnon sobre las peregrinaciones de los trapenses de Santa Susana, con los que el P. Chaminade había tenido relaciones tan estrechas durante su estancia en España. Sin ninguna duda, el P. Rigagnon obtuvo los detalles de este relato de boca del mismo P. Bouet, todavía vivo en el momento en que fueron redactadas (1844). Dice Rigagnon:

«La comunidad de Santa Susana subsistía en todo su fervor en 1810, cuando fue dispersada por los ejércitos franceses y los monjes se vieron forzados a buscar asilo fuera. Un sacerdote de Burdeos reunió a una porción de la comunidad y fue por la parte de Valencia, viviendo en la medida de lo posible según la regla de su fundador. En 1815 Fernando abrió las puertas de todos los monasterios y el de la Trapa refloreció en todo su fervor. En 1821, las leyes de las Cortes acordaron de nuevo la abolición de los monasterios, y el mismo sacerdote bordelés tuvo la idea de retirarse primero a Barcelona, y enseguida a la ciudad de Palma, capital de la isla de Mallorca. Llegó allí en el momento en que la peste empezaba a hacer sus estragos. El P. José, ése era el nombre de nuestro compatriota, llamado en el mundo señor Bouet, fue triste testigo de los estragos causados sobre esta desgraciada población durante casi dos meses. Ninguna situación más desoladora que ésta. Todas las familias desoladas, las calles desiertas y el duelo tan general que no se veían más que especies de espectros ambulantes, habitantes con la impronta de la consternación, y tan familiarizados con la muerte que las señoras llevaba su imagen en ellas mismas, en sus broches y joyas, así como en los bordados de sus vestidos fúnebres. El clero, en esta desolación universal, hacía lo que tenía que hacer, y se colocaron en las calles altares dedicados a los diversos santos, para celebrar allí el santo Sacrificio, porque los fieles ya no se atrevían a reunirse en las iglesias por miedo al contagio.

«Un día que el P. José pasaba por delante de uno de estos altares, colocado al fondo de una calle, y hacía allí su oración, oyó una voz que le decía muy claramente: *Cadent a latere tuo mille, ad te autem non appropinquabit*. Fortificado contra todo terror, dijo a sus religiosos que, asegurado de su suerte, estaba preocupado por ellos y deseaba ardientemente protegerlos del azote retirándolos de la ciudad. Se establecieron en la montaña y desde lo alto veían en la calma las naves batidas por la tempestad, y en su piadoso retiro bendecían al Dios que no pasa nunca. Pero no pudieron permanecer allí mucho tiempo. La Revolución los expulsó de este lugar, de donde se dirigieron primero a Barcelona, donde vivía el P. Jean-Baptiste de Martres, religioso de Santa Susana, con el que hicieron el plan, que ejecutaron, de dirigirse a Burdeos, donde, por primera vez, apareció sobre ellos el hábito de la Trapa. El P. José se quedó todavía en Barcelona, de donde salió poco tiempo después, al saber que el venerable P. Chaminade, su antiguo amigo y director, vivía todavía». Se pueden encontrar otros detalles sobre el éxodo de los trapenses de Santa Susana en Ant. de Lantenay, *Les Prieurs claustraux de Sainte-Croix de Bordeaux et de Saint-Pierre de La Réole*, Burdeos 1884, p. 119 y siguientes, así como en el *Ami de la Religion*, t. XXVIII, p. 348, y t. XXXIV, p. 88. El monasterio de Santa Susana se restableció después de la expedición del duque de Angulema, en 1823. Fue por tercera vez y definitivamente cerrado en 1833. Los religiosos se refugiaron en Francia, y el último abad de Santa Susana vino a morir cerca de Burdeos. *Dom de Lestrange et les Trappistes pendant la Révolution*. Imprim. de la Grande-Trappe, 1898, p. 78.

<sup>32</sup> Véase en la *Vie de Mgr d'Aviau*, t. II, p. 759 y siguientes, el relato de la conmovedora solemnidad de la instalación, en la que tuvieron una gran parte la Congregación y la Sociedad filarmónica.

<sup>33</sup> El fundador de los primeros era el P. Jean-Marie de La Mennais; de los segundos, el venerable P. Champagnat.



su institución. Sus fundadores se habían convencido de que no bastaba el celo para crear un Instituto, que se necesitaba el conocimiento práctico del estado religioso y, más aún, una misión de lo alto. Eso explica que algunos de entre ellos, deseosos de asegurar el futuro de su obra, le buscaban fuera un punto de apoyo.

El P. Chaminade, cuyos religiosos se distinguían a la vez por su éxito en la educación y por su espíritu interior, atraía las miradas y de diversos lados los fundadores se dirigieron a él. Es el caso, en 1822, de un párroco de la Haute-Loire, que fundó a Hermanos en Saugues cerca de Puy, y de un párroco del Loire que dirigía otros en Saint-Etienne. Es el caso también, hacia 1825, del Superior de los Hermanos de San José y después del de los Hermanos de la Cruz, el P. Poirier. Igualmente el P. Perrier intentaba una creación análoga en el Franco Condado. A todos, el P. Chaminade prestó el apoyo de sus consejos, descartando la idea de la fusión, si no debía ser una identificación con la Compañía de María. Seguía más inflexible que nunca frente a solicitudes que hubiesen particularizado rápidamente el fin de la Compañía, si no tenía cuidado.

Sin embargo, con los Hermanos de la Doctrina cristiana de la diócesis de Estrasburgo y con los de la diócesis de Nancy hubo negociaciones persistentes, que dieron incluso un resultado parcial. Su origen se remonta a la misión de Louis Rothéa en Ribeauvillé<sup>34</sup>. El P. Mertian fue testigo de los excelentes resultados del nuevo impulso imprimido a su noviciado y pensó en confiar completamente al P. Chaminade la formación de sus religiosos. Se trató al final de 1821, y las Hermanas de la Providencia, que dirigía el P. Mertian, estuvieron al principio comprendidas en las conversaciones relativas a una fusión con el Instituto de María. Se descartó casi inmediatamente porque su fin era demasiado especial para confundirse con el de las Hijas de María.

Desde el principio, el P. Chaminade puso claramente sus condiciones. Escribe a Louis Rothéa<sup>35</sup>: «La alianza del Instituto de María tanto con los Hermanos cuyo noviciado lleva usted como con las Hermanas de la Providencia es un asunto muy grave, podría decir que también muy espinoso y delicado por la distancia de lugares y la diferencia de lenguas que se hablan en Alsacia. Como de esa unión pueden resultar bienes muy grandes para la religión, no rechazo ninguna de las dos alianzas, si se puede hacer un acuerdo que nos deje la libertad conveniente para hacer un bien real en estas provincias, según el espíritu de nuestro Instituto. Digo que según el espíritu de nuestro Instituto, porque estoy tan plenamente persuadido de que hemos encontrado los medios de restablecer las costumbres cristianas, de propagar el espíritu de la religión y de oponer fuertes diques al torrente seductor y corruptor del filosofismo, que no permitiré nunca que este espíritu sea desnaturalizado ni alterado. El medio más sencillo sería fundir el Instituto de los Hermanos de la Doctrina cristiana y de las Hermanas de la Providencia en el Instituto de María, y que éste se encargase de llenar a su manera los proyectos de los otros dos Institutos. Me parece que estoy perfectamente indiferente, cualquiera que sea la decisión que vaya a tomar el P. Mertian. ¡Sólo que se haga la voluntad de Dios, que se procure su mayor gloria! Cuando en algunos momentos me permito mirar como consumada esta unión, experimento cierta alegría según la naturaleza; pero, elevándome por encima de la naturaleza, temo y no deseo que el P. Mertian ponga todo en nuestras manos».

Un antiguo benedictino de Senones, dom Fréchar<sup>36</sup>, entonces párroco de Colroy, en Lorena, había hecho para su provincia natal lo que el P. Mertian había intentado para la suya. En 1822 compró un antiguo convento de capuchinos en Vézelize, cerca de Nancy, para crear allí el noviciado de sus Hermanos. Pero, como le ocurría al P. Mertian, no tenía un buen maestro de novicios. Entonces él también dirigió sus miradas a Burdeos. Se puso de acuerdo con el P. Mertian, y encargó a este último la elaboración de un proyecto de alianza con el Instituto de María. Este proyecto, comunicado al P. Chaminade con fecha del 6 de febrero de 1822, no carecía de originalidad. Comprendía veintitres artículos, de los que los trece primeros merecen ser citados. Dice el P. Mertian al P. Chaminade:

«1º Usted crearía un noviciado en Burdeos, en el que formaría sujetos para ser jefes de celo y jefes de novicios en los noviciados de los Hermanos. - 2º En cada diócesis, habría un noviciado de

<sup>34</sup> Véase más arriba, capítulo 28.

<sup>35</sup> Carta del 25 de enero de 1822. *Bretresacado de la carta 188, Lettres, t. I, pp. 131-132.*

<sup>36</sup> Joseph Fréchar, nacido en 1765, en la Petite-Raon, cerca de Senones (Vosgos), benedictino en la célebre abadía de Senones, donde acababa de morir dom Calmet, evangelizó, después de la Revolución, la parroquia de Colroy-Banrupt, y fundó hacia 1817 una Congregación de Hermanos. Cf. *Notice biographique de dom Fréchar*, por el P. Marton, Nancy, 1890.

Hermanos, como hay uno en nuestra diócesis, y como se creará otro en Pascua en la diócesis de Nancy.- 3º Usted proporcionaría los dos jefes de cada noviciado, para producir así la unidad de espíritu, lo que, a mi juicio, es necesario, y eso no podría tener lugar más que si hubiese una casa central en que se formase a todos los jefes.- 4º En la misma casa central, usted formaría a los visitantes que visitarían cada año todas las casas de noviciado: el fin de estas visitas sería estrechar los lazos entre las casas, mantener la unión de los espíritus y consolidar así el Instituto.- 5º Las casas diocesanas que tuvieran sujetos de talentos eminentes los enviarían a Burdeos para que allí los preparen a ser jefes de casa y donde el director general vería el lugar adecuado para enviarles.- 6º Los Hermanos enseñantes quedarían siempre en sus diócesis.- 7º El superior de cada diócesis administraría las casas de la diócesis, fundaría las nuevas escuelas, y tomaría todas las disposiciones necesarias para ello.- 8º Los superiores (diocesanos) serían nombrados por los obispos respectivos.- 9º Gobernarían el Instituto diocesano de acuerdo con los dos jefes, con los que formarían el consejo.- 10º Se les agregarían uno o dos Hermanos asistentes, si el Instituto diocesano se multiplicase hasta el punto de exigir el aumento de los miembros del Consejo.- 11º Habría una conformidad rigurosa en el método de enseñanza, que sería determinado en Burdeos.- 12º Todas las casas diocesanas tendrían las mismas Constituciones.- 13º Tendrían también el mismo reglamento, salvo algunos puntos particulares de una u otra localidad; esas excepciones serían aprobadas en Burdeos»<sup>37</sup>.

Como se ve, era un proyecto de federación entre todas las instituciones diocesanas fundadas para la enseñanza primaria<sup>38</sup>. Al P. Chaminade le correspondía el muy honorable papel de comunicar a ese cuerpo el espíritu que debía animarlo. Al final de la misma carta observaba el P. Mertian: «Habrà usted notado que en estos veintitrés artículos, no he tocado para nada el interior. Yo le dejo toda esta parte a usted, porque estoy persuadido de que usted sabe de eso infinitamente más que yo, como me he podido convencer por la lectura de los papeles que me ha enviado Louis Rothéa».

El P. Chaminade reconoció que la combinación era «ingeniosa», pero, a su juicio, no era nada práctica. Presentaba dificultades de ejecución insuperables, particularmente en la creación de un sistema de administración en que los gobernantes y los gobernados saldrían de dos clase de casas de formación distintas. Además, entre el P. Chaminade y los otros dos fundadores había una divergencia de principios irreductible.

Estos últimos se proponían enviar a sus Hermanos de uno en uno y de dos en dos hasta los pueblos más pequeños, para colmar una laguna dejada por los Hermanos de las Escuelas cristianas, que no aceptaban enviar menos de tres Hermanos al mismo sitio. Los PP. Mertian y Fréchar d estimaban que sus Hermanos destinados a esta humilde misión no tenían necesidad de ser formados en una alta perfección religiosa y que no tenían que hacer dos medias horas de oración al día y «virtudes de consumación»<sup>39</sup>. Con ninguno de los dos puntos podía estar de acuerdo el P. Chaminade, que rechazaba la práctica de enviar a los Hermanos aislados y no esperaba nada bueno de lo que él llamaba «religiosos a medias»<sup>40</sup>.

Pero había sobre todo una objeción principal por parte del P. Chaminade: por muy útil que pudiese ser, era desviar a la Compañía de María de su fin primitivo dedicarla a una obra especial a la que encadenaría para siempre y exclusivamente su existencia y su acción. Eso quería el P. Mertian, según una carta de Louis Rothéa<sup>41</sup>: «El P. Mertian desearía que nuestro Instituto no se ocupase más que de formar Hermanos de la Doctrina cristiana y que dejase a los jesuitas las misiones, los colegios, las congregaciones y las obras de este tipo». Pero el P. Chaminade, como hemos podido ver varias veces, entendía la misión de la Compañía en un sentido infinitamente más amplio, y no creía que debía limitarla a una obra de detalle so pretexto de que otras asociaciones podían juntarse a él teniendo obras similares. No pretendía hacer competencia a nadie. Decía<sup>42</sup>:

<sup>37</sup> Los diez últimos artículos trataban de lo temporal y del hábito. *Esta carta está en AGMAR 26.4.318.*

<sup>38</sup> El P. Mertian proyectaba una federación análoga entre las Hermanas de la Providencia de las diversas diócesis.

<sup>39</sup> Era una alusión a la doctrina espiritual del P. Chaminade. Carta de L. Rothéa al P. Chaminade, 11 de febrero de 1822. *Error, se trata de una carta de Ignace Mertian al P. Charles Rothéa, AGMAR 25.6.681.*

<sup>40</sup> Véase más arriba, capítulos 26 y 29.

<sup>41</sup> 2 de abril de 1822. *AGMAR 26.4.325.*

<sup>42</sup> Al P. Caillet, 19 de mayo de 1825. *Las frases de la cita no están en el mismo orden en que están en la carta 343, Lettres, t. II, pp.46-47.*

«Nosotros no pondremos nunca la hoz en la mies de otro, quiero decir en la mies del Señor dada a otros obreros para recolectarla. Pero ¡qué abundante es esta mies del Señor! ¡cuán extensa es, cuántas partes diferentes tiene! Los buenos Hermanos de las Escuelas cristianas no tienen nada que temer para la importante misión que ellos cumplen: he contribuido demasiado a su propagación en Francia y a su sostenimiento como para querer hacerles daño; el espíritu de Dios no es contrario a sí mismo. El Instituto de María no sería de inspiración divina si pudiese producir tan miserables efectos. Lo que digo para las escuelas, puedo y debo decirlo para las congregaciones. Nunca habrá luchas con los jesuitas, nunca competencia, menos todavía esas intrigas provocadas por los celos».

Pero ese espíritu de rastrera competencia le era antipático, no se creía obligado a restringir desmesuradamente la misión de sus hijos, y decía: «Nosotros tenemos una hoz diferente a la de los jesuitas y de los Hermanos de las Escuelas cristianas. Así podremos entrar en la mies del Señor sin perjudicar a los obreros que están ya en ella. Tenemos toda la debilidad de la infancia, pero nuestra confianza en nuestra augusta Madre es inalterable».

Con esos principios, el acuerdo con los PP. Mertian y Frécharde era imposible. El obispo de Estrasburgo, príncipe de Croy, que era al mismo tiempo gran capellán del rey, llegó a la diócesis a finales de otoño de 1822 y rompió las negociaciones decidiendo que los Hermanos del P. Mertian quedarían en lo que eran, y las conversaciones de entonces llegaron a esta conclusión formulada por el P. Mertian en su carta del 22 de octubre de 1822 al P. Chaminade<sup>e</sup>: «Si no podemos estar unidos en una Congregación, estemos al menos unidos en la oración».

Sin embargo, el P. Mertian no se resignó. Después de la marcha de Louis Rothéa, el noviciado de Ribeauvillé volvió a ser rápidamente lo que había sido antes. Las dificultades en que se debatía el fundador se agravaban cada día, y continuó mirando con perseverancia a Burdeos como puerto de salvación.

En 1823, el príncipe de Croy, que se había pronunciado tan claramente contra todo intento de unión, fue promovido al arzobispado de Rouen, y tuvo como sucesor en la sede de Estrasburgo a monseñor Tharin<sup>43</sup>, el mismo vicario general de Besançon que había contribuido a llevar a la compañía de María al Franco Condado. Este nombramiento fue saludado por el P. Mertian y por el P. Chaminade como un feliz presagio. Decía este último<sup>44</sup>: «El nombramiento de monseñor Tharin para el obispado de Estrasburgo será sin duda una acción de la Providencia en favor del Instituto de María». No se equivocaba. Fue monseñor Tharin quien acogió a la Compañía de María en su diócesis, en Colmar (finales de 1824), y facilitó el acercamiento definitivo entre los dos fundadores.

En el intervalo, el P. Mertian había intentado los últimos esfuerzos para levantar sus obras. Obtuvo de la autoridad episcopal una circular especial dirigida al clero en su favor. Compró el castillo de Saint-Hippolyte, en los confines del Alto Rin y del Bajo Rin, para poner allí cómodamente su noviciado. Estuvo también a punto, en 1825, de introducirse en la escuela normal de Estrasburgo, pero el prefecto se opuso a ello.

Sin embargo, en la primavera de 1826 su situación era más crítica que nunca: no había más que una treintena de hermanos y todo decaía. Tomó entonces una decisión definitiva: llamó a Louis Rothéa, que dirigía las escuelas de Colmar y le dijo «que no podía ya bastarse para el gobierno de las Hermanas y de los Hermanos, que estaba cansado de las contrariedades que le causaba esta última Congregación, y que estaba decidido a suprimirla o a dejarla enteramente al P. Chaminade, pero que prefería claramente esta última posibilidad»<sup>45</sup>.

El P. Chaminade encargó al P. Caillet de esta nueva negociación, en la que monseñor Tharin fue el árbitro. En el mes de julio siguiente, el P. Mertian cedía al P. Chaminade el castillo de Saint-Hippolyte, dejando a sus religiosos libres de abrazar la nueva regla o de retirarse. No hubo más que tres o cuatro que se agregaron a la Compañía de María, y fueron los mejores. Los otros conservaron su independencia, unos no queriendo dejar su hábito y otros no sintiéndose con fuerza para seguir la regla de la Compañía de María.

<sup>e</sup> *La carta es del 2 de octubre de 1822. AGMAR 26.4.342.*

<sup>43</sup> Monseñor Tharin nació en Besançon en 1787. Al salir del seminario de Saint-Sulpice donde había acabado sus estudios, fue nombrado para dirigir el seminario de Bayeux. Volvió enseguida a su diócesis natal, donde sus méritos le valieron el título de vicario general. Cuando aceptó el obispado de Estrasburgo, había rechazado el de Metz. Encargado, en 1826, de la educación del duque de Burdeos, dejó su sede episcopal y murió en París en 1845.

<sup>44</sup> A David Monier, 30 de septiembre de 1823. *Carta 252, Lettres, t. I, p. 462.*

<sup>45</sup> Carta de Louis Rothéa al P. Chaminade, 13 de enero de 1826. *AGMAR 27.1.548.*

Ese fue el resultado de las largas negociaciones. Dejaban intactos el fin y la misión de la Compañía de María y acababan confiándole una de las tareas más importantes en la provincia de Alsacia, donde no había ninguna otra Congregación de hombres dedicada a la enseñanza<sup>46</sup>.

Por el lado de Lorena, las conversaciones continuaron también. En 1830, dom Fréchar, asustado por los acontecimientos políticos, dispersó totalmente su pequeña Congregación, que fue retomada tres años después por los hermanos Baillard en el edificio del convento de Nuestra Señora de Sion, célebre santuario cerca de Nancy<sup>47</sup>. Estos sacerdotes reanudaron ante el P. Chaminade gestiones insistentes para que aceptase la dirección de la Congregación renaciente. Pero fue imposible entenderse: los hermanos Baillard tenían ideas fijas y no estaban dispuestos a sacrificar ninguna de ellas, por quimérica que fuese. Escribían al P. Chaminade<sup>48</sup>: «Nuestro plan es fijo, y estamos convencidos de que este plan realizado obtendrá grandes resultados para la religión, y no podríamos confiarlo a la Compañía de María más que a condición de que lo adoptase enteramente. Y, si fuera preciso, suplicaríamos al P. Chaminade la modificación de sus Constituciones para las casas de Lorena». Era pedir demasiado. El P. Chaminade no aceptó y, en 1839, los hermanos Baillard tuvieron que abandonar la partida en circunstancias penosas que no vamos a contar aquí. Dom Fréchar volvió a tomar entonces las riendas de su pequeña Congregación de la Doctrina cristiana, que subsiste todavía en nuestros días<sup>49</sup>.

Estos últimos hechos nos han llevado mucho más allá del punto de mira del conjunto de nuestro relato. Pero se han incorporado como un último episodio en esos intentos que, pocos años después de la fundación, amenazaron con desnaturalizar la Compañía de María y desviarla de su vía normal y providencial. Salvada por la vigilancia y prudencia de su fundador, entró en un período de crecimiento del que vamos a recorrer los hechos más salientes.

## Capítulo 31: Progreso del Instituto de María en los últimos años de la Restauración (1826-1830)

El Instituto de María estaba en vías de consolidarse cuando se vio privado de sus principales apoyos, monseñor d'Aviau y la Madre de Trenquelléon.

Monseñor d'Aviau había rodeado la cuna del Instituto con su constante benevolencia, había tomado a sus miembros bajo su protección, o más bien, empleando la expresión de su vicario Barrès<sup>50</sup>, «los había declarado los hijos adoptivos de su vejez, les había dedicado como tales un amor de predilección». Para el P. Chaminade, él había sido constantemente el consejero, el amigo o mejor el padre, como decía el propio P. Chaminade en una nota que dirigió al prelado al día siguiente de la caída de Imperio<sup>a</sup>: «Ahora, sin temer comprometerle expresándole los pensamientos de mi corazón, podré recibir más habitualmente sus consejos y le haré participe de todo con la confianza de un niño para con el mejor de los padres».

---

<sup>46</sup> El P. Mertian tenía, en el mundo, dos hermanos que gozaban de buena posición y vieron con disgusto la resolución que tomó. Preocupados ante todo de crear una obra provincial y diocesana y deseosos, como lo había sido su hermano, de proporcionar religiosos a los municipios pequeños, trataron de arrancar del P. Chaminade algunos de sus establecimientos de Alsacia. Fracasaron y se entrevistaron con el P. Chaminade para obtener de él la *descentralización* de sus casas de Alsacia. El fundador les dio respuesta negativa, no consintiendo en parcelar sus obras para no desnaturalizarlas. Después de la muerte del P. Ignace Mertian, pusieron su gran fortuna a disposición de uno de sus sobrinos, invitándole a tomar de nuevo la obra de los Hermanos de la Doctrina cristiana. La Congregación así reformada existe todavía, aunque se ha desarrollado poco. Tiene su casa madre en Matzenheim (Baja Alsacia) y supe, en la medida en que le permite el gobierno alemán, a lo que hacía en Alsacia la Compañía de María antes de que fuese obligada a retirarse de aquella tierra en 1874.

<sup>47</sup> De los tres hermanos Baillard, dos eran párroco y vicario en Favières, y el tercero párroco en Saulxures-les-Vannes. Antes se habían ocupado del convento de Mattaincourt y del santuario de Sainte-Odile.

<sup>48</sup> 30 de mayo de 1837. *AGMAR* 27.3.421.

<sup>49</sup> Llevó a sus religiosos de Sion a Vézelize, y murió en medio de ellos el 24 de julio de 1849. Los Oblatos de María tomaron posesión del santuario de Sion.

<sup>50</sup> Discurso del reparto de premios en el colegio Sainte-Marie, 11 de septiembre de 1826.

<sup>a</sup> *Carta 48, Lettres, t. I, p. 81.*

La alarma del hijo fue grande cuando, en junio de 1822, supo que la vida del arzobispo estaba amenazada por ahogos súbitos. Después del hecho decía el propio P. Chaminade<sup>51</sup>: «Se ha visto al momento lo mucho que es querido este santo prelado. Se han hecho en todas las iglesias oraciones públicas con un fervor que expresaba el más vivo interés. Parecía que Dios no se resistiría a tantas peticiones. Las parroquias han continuado sus novenas. Cada comunidad ha hecho lo que le inspiraba su piedad. La Misericordia envió como una delegación a Verdelaís: las dos directoras escogidas a suertes cumplieron una promesa con los pies desnudos». El P. Chaminade no añadía que él mismo había hecho una promesa a Nuestra Señora de Verdelaís por la curación del prelado, que fue casi inmediatamente escuchado y que fue inmediatamente a pagar su tributo de acción de gracias a María en este santuario que, desde su juventud, le había sido tan propicio<sup>52</sup>.

En 1825 se temió por segunda vez por la vida de este venerado prelado, pero el peligro una vez más fue conjurado. No sucedió lo mismo al año siguiente.

El anciano iba a cumplir los noventa años y se disponía a promulgar el jubileo universal concedido por el Papa León XII cuando un accidente totalmente inesperado vino a herirle de muerte. En la noche del 8 al 9 de marzo de 1826, se quemaron las colgaduras de su cama. El prelado fue arrancado vivo de las llamas, pero no se repuso de la emoción de esa noche y de las quemaduras que sufrió. Durante cuatro meses, la muerte dio un paso adelante cada día, hasta que finalmente, el 12 de julio, se llevó a su víctima.

La víspera misma de ese día, el P. Chaminade había dado los últimos auxilios espirituales a su hermana Lucrecia María, que estaba con él desde hacía quince años, llevaba su casa y compartía sus obras de caridad y de celo. Los dos golpes que dieron al mismo tiempo en su alma tan sensible, tuvieron una dolorosa repercusión. El último era muy personal y rompía casi los únicos lazos que le unían todavía a su familia según la carne. El primero alcanzaba a sus hijos tanto como a él: perdían en monseñor d'Aviau al mejor de los padres, al consejero más seguro y al protector más poderoso.

Se lloraba la ausencia del prelado, pero al menos la prueba no era ni imprevista ni prematura. Había desaparecido después de cumplir su tarea, como el guerrero que, al final del combate, se retira de la pelea y toma un descanso merecido. Muy diferente era el caso de la fundadora de la Hijas de María. La Madre de Trenquelléon moría en la fuerza de la edad, agotada por la lucha y sucumbiendo bajo el peso de los trabajos y las austeridades.

En vano, desde hacía varios años, el P. Chaminade le había ordenado que cuidase de su débil salud, en vano le había obligado por obediencia a tomar el reposo y las suavizaciones a los que su celo y su mortificación se negaban. Ella se sometía a todo con la docilidad de un niño<sup>53</sup>, pero su constitución estaba tocada y los mejores cuidados no eran ya capaces de prolongar una existencia que estaba en lo sucesivo condenada. Las fuerzas parecían volver en intervalos, y con ellas alguna esperanza de curación. En 1824, había podido estar presente con el fundador en la toma de posesión de las nuevas casas de Condom y Burdeos. En 1826 llegó aún a arrastrarse hasta Burdeos para abrazar a sus hijas que iban a fundar la primera casa del Instituto en el Norte. Casi inmediatamente recayó en un estado de postración del que no pudieron sacarle las súplicas prescritas por el P. Chaminade en todas las casas de la Orden<sup>54</sup>.

Mientras el cuerpo se extinguía como una lámpara sin aceite, el alma se mostraba más viva y ya como iluminada con un reflejo de la eternidad bienaventurada. En los primeros días del Instituto, el P. Chaminade le exhortaba a poner muy arriba su ambición de virtud<sup>55</sup>: «Hágase dócil a la acción de la gracia, que debe ser abundante en usted y que cuida de purificarle y santificarle. Un Instituto que nace en el desbordamiento de la impiedad y que está hecho para presentar al mundo corrompido y pervertido el espectáculo de la perfección evangélica, debe tener como jefe a una santa. ¡Vamos, ánimo, querida hija, responda a los planes de Dios, sea fiel a la gracia y a toda la gracia!».

<sup>51</sup> A David Monier, 21 de junio de 1822. *Carta 205, Lettres, t. I, p. 352.*

<sup>52</sup> Contó el hecho a monseñor Donnet veinte años después en una carta fechada en septiembre de 1844.

<sup>53</sup> Por ejemplo, cuando es invitada a dejar de trabajar durante algún tiempo, responde (22 de mayo de 1820): «Un deseo que viniera de usted sería para mí a una orden. Así pues, recibo esta prueba con sumisión a la voluntad de Dios. el cese de toda obra exterior en que me encontraba inmersa desde hace catorce años es un auténtico sacrificio para mí». *Entresacado de la carta 378.1-2, ABT, v. II, pp.127-129.*

<sup>54</sup> 29 de enero de 1827. *Carta 427, Lettres, t. II, pp. 259-260.*

<sup>55</sup> 6 de febrero de 1819. *Carta 117, Lettres, t. I, p. 204.*

Dócil a esta llamada, la Madre de Trenquelléon había devorado el espacio en el camino de la perfección: al cabo de pocos años, estaba madura para el cielo, hacia donde se elevaban todos sus suspiros. Al salir del retiro que su Buen Padre acababa de predicar en el convento de Agen, en agosto de 1827, Adela escribía a una de sus hijas<sup>56</sup>: «Esto me ha consolado mucho, porque por mi parte, aunque estoy en paz, sigo en el desierto». Pero tocaba la tierra prometida. Vio morir en el convento, a donde se había retirado, a uno de los mejores amigos del Instituto, el P. Laumont<sup>57</sup>, y, a partir de ese día, ella pareció desmejorar muy rápidamente. Los médicos le aconsejaban las aguas de los Pirineos. El P. Chaminade le daba libertad para aceptar, pero rehusó, no queriendo volver al mundo para intentar una posibilidad tan débil de curación.

Se acercaba el fin. La ciudad de Agen, testigo desde hacía diez años de tantas virtudes, se conmovió con esta noticia. Las congregaciones hicieron procesionalmente la peregrinación a Bon-Encontre. Un obrero decía<sup>58</sup>: «Daría con gusto mi sangre para salvar a nuestra Madre». En cuanto a ella, la serenidad de la paz no dejaba su rostro. Decía: «No pidamos más que el cumplimiento de la voluntad del Esposo celeste».

La voluntad del Esposo, era la próxima liberación de su fiel esposa. Hasta el final fue admirable en abandono filial y mortificación. Entregó su alma a Dios en la noche del 8 al 9 de enero de 1828<sup>b</sup>, diciendo: «Hosanna al Hijo de David!». Era el grito del triunfo. Sólo tenía treinta y ocho años.

Cruelmente afectado por esta nueva muerte, el P. Chaminade hizo callar su propio dolor para consolar el de sus hijas. Les recordó los grandes ejemplos de virtud de la que les había sido arrebatada, y les dio la dulce esperanza de que su solicitud maternal continuaría velando, desde lo alto del cielo, sobre todo el Instituto de María y favoreciendo los progresos.

Efectivamente, los últimos años de la Restauración, aunque marcados con estas dolorosas pruebas, fueron para las dos Congregaciones un período de prosperidad y desarrollo normal. Se les llamaba a nuestras colonias de América<sup>59</sup> y hasta a las lejanas misiones de las islas del Pacífico<sup>60</sup>, pero el sensato fundador descartó este honor prematuro, prefiriendo que se desarrollasen donde estaban ya establecidas. Estas plantas eran todavía delicadas y primero tenían que consolidar sus raíces, para adquirir el vigor necesario para una larga fecundidad.

Lejos de permitirles que se extendiesen fuera de su alcance, se esforzó en mantenerse más cerca de ellas, las rodeó en cierta manera de su presencia vigilante, para estar siempre dispuesto a quitar los obstáculos a los que les exponía su primer crecimiento. Sólo así mantendría y desarrollaría la savia de su primer fervor, el verdadero espíritu de su fundación.

Desde su fundación, sólo una vez había dejado su visita anual a las Hijas de María de Agen, en 1825, durante las negociaciones del reconocimiento legal. Siempre era esperado con impaciencia y su estancia duraba demasiado poco en opinión de sus hijas. Escribían ellas<sup>61</sup>: «¡Qué breve se nos hace el tiempo con este nuevo Francisco de Sales, cuyas palabras parecen todas dirigidas por el Espíritu de Dios!». Las superiores no se contentaban con instrucciones comunes y una entrevista particular, no le dejaban mientras estaba en el convento. Decían también<sup>62</sup>: «Durante su comida y su cena, nos da conferencias sobre el reglamento, sobre las virtudes de nuestro estado y nos cuenta historias edificantes de religiosos. Pero en otros momentos está tan ocupado que apenas podemos ir a confesarnos. Ayer salía del confesionario a las diez de la noche». Hay que decir que se veía obligado a compartir su tiempo entre el convento, las congregaciones y sus hijos de la pequeña Compañía desde que los estableció en Agen.

<sup>56</sup> A la Superiora de Burdeos, 17 de agosto de 1827. *Carta 716.2, ABT, v. II, p. 260.*

<sup>57</sup> 5 de septiembre de 1827.

<sup>58</sup> Carta de la Madre San Vicente a la Superiora de Burdeos, 19 de septiembre de 1827. *Cfr. Positio super introductione causae et virtutibus...Typis Polyglottis Vaticanis, MCMLXXIV, p. 559.*

<sup>b</sup>*Error: según el acta del registro civil del ayuntamiento de Agen, murió a la 1 de la madrugada del día 10. Cfr. Positio super introductione causae et virtutibus...Typis Polyglottis Vaticanis MCMLXXIV, pp. 461-462.*

<sup>59</sup> Según una carta del P. Chaminade a Clouzet, 23 de mayo de 1826.

<sup>60</sup> El P. de Solages insistía al P. Chaminade para que le secundase en la misión que organizaba para las islas del Sur. (Según cartas del P. Chaminade al P. Lalanne, 15 y 22 de febrero de 1830.. *Carta 502, Lettres, t. II, p. 418 y carta 503, Lettres, t. II, p. 425*). *Carta 321.7, ABT, v. II, p. 35.*

<sup>61</sup> La Madre de Trenquelléon a la señorita de Rissan, 14 de julio de 1817. *Carta 322.3, ABT, v. II, p. 36.*

<sup>62</sup> La Madre de Trenquelléon a la señorita de Lachapelle, 17 de julio de 1817.

Después de la fundación de Villeneuve, de Tonneins y de Condom, cada una de estas comunidades gozaba todos los años de su presencia durante algunos días. Y su paso tenía en todas partes el efecto de reavivar el fuego sagrado del apostolado. Las hijas de María no hacían más que felicitarse por ello. Así por ejemplo escribía la Madre de Trenquelléon a la señorita Lachapelle<sup>63</sup>: «¡Cuánto ha sentido mi corazón que no hayas podido ser testigo de las gracias con las que Dios nos ha colmado, durante la estancia del Buen Padre, que ha durado dieciocho días! Nos ha dad, casi en cada misa, una magnífica instrucción, y después, en las conferencias generales y en las particulares, nos ha alimentado como un Buen Padre. Pero no tenido miramientos, nos ha regañado lo que hacía falta. Creo que pensaba encontrarnos más perfectas. Ha implantado muchas reformas. La clausura tiene que ser más rigurosa, hay que frecuentar menos los locutorios y estar en ellos menos tiempo, hay que observar mejor el silencio, etc. ». Otra vez decía<sup>64</sup>: «La estancia del Buen Padre es realmente un tiempo abundante de gracias: por la paz que nos trae con él, por sus sólidas instrucciones, sus buenas oraciones, sin olvidar las pequeñas mortificaciones. Porque me doy cuenta de que está desbordado, y veo que no podrá hablar con todas. Hay un verdadero atasco, debido a la cantidad de jóvenes que quieren entrar». Finalmente, después del último retiro al que la santa Madre de Trenquelléon pudo asistir, escribía hablando de su Buen Padre<sup>65</sup> «Está lleno de celo por la gloria de Dios. Seamos sus auténticas hijas: como otros Eliseos, pidamos un doble de su espíritu».

Ordinariamente el paso del fundador era ocasión de algunos progresos en las obras de las diversas casas que recorría. Así, en 1828 decidió la apertura del internado de las Hijas de María en Agen. Casi siempre también erigía congregaciones. A veces decidía nuevas fundaciones: por ejemplo, sus visitas a la «región alta», en 1826 y en 1827, determinaron la apertura de dos establecimientos de la Compañía de María, uno en Lauzerte y otro en Moissac, donde un amigo del tiempo del exilio, el párroco Imbert, desde hacía tiempo lo deseaba.

Cuando la Compañía de María se instaló en el Norte, el fundador se prometió no abandonar a sí mismos a aquellos de sus hijos cuyo aislamiento constituía un título más para su atención. Tenía que hacerles visitas personales en un tiempo en que sus enseñanzas orales eran todavía casi las únicas reglas, porque las Constituciones de las Hijas de María eran cada vez más insuficientes a medida que se extendían las obras.

Retenido en Burdeos, en 1824 y en 1825, por los mil asuntos de los que no se podía desprender, se hizo representar en el Norte por el P. Caillet, al que había dado por escrito instrucciones detalladas y amplios poderes. Esta delegación, por muy útil que fuese, no reemplazó más que muy imperfectamente la presencia del padre de familia. Sus hijos le urgieron a no aplazar su propio viaje y, en respuesta a sus felicitaciones del año 1825, les dio la esperanza de ser escuchados. Escribe al director de Saint-Remy<sup>66</sup>: «Si mis hijos desean ver a su Buen Padre, dígalos que este Buen Padre desea ardientemente ir a verles, que no teme las fatigas del viaje, a pesar de sus cabellos blancos y el peso de sus años, que lo único que le retiene es la orden de la Providencia, cuyos designios debe consultar siempre».

Al año siguiente les demostró que este deseo era sincero. Tras la muerte de monseñor d'Aviau, hizo una corta aparición en Agen y en sus alrededores y después, sin más tardar, se puso en camino<sup>67</sup> para el gran viaje del Norte, acompañado del P. Lalanne, que iba a tomar la dirección del colegio de Gray. Su marcha fue notada en Burdeos, porque, al día siguiente, «un gracioso hizo decir a un periódico de la ciudad que el general Chaminade había ido en visita de inspección, acompañado de su ayuda de campo»<sup>68</sup>. Se detuvo en París, saludó a los protectores de la Compañía, y ganó nuevas y preciosas simpatías, al mismo tiempo que vocaciones<sup>69</sup>.

Este primer viaje fue corto: Saint-Remy fue su primera y principal etapa. La acogida que recibió estuvo acompañada de un entusiasmo extraordinario. Se resume en estas palabras de las

<sup>63</sup> 17 de julio de 1817. *Fecha equivocada: está entresacado de la carta 362.2-4, de 7 de mayo de 1818, ABT, v. II, pp.43-44.*

<sup>64</sup> A la Madre Teresa, 6 de agosto de 1821. *Carta 446.2, ABT, v. II, p. 228.*

<sup>65</sup> A la Superiora de Burdeos, 16 de julio de 1827. *Carta 713.2, ABT, v. II, p. 615. El P. Chaminade estaba en Agen, no para un retiro, sino para una visita.*

<sup>66</sup> A Dominique Clouzet, 18 de enero de 1825. *Carta 321, Lettres, t. I, p. 635.*

<sup>67</sup> El 24 de agosto de 1826.

<sup>68</sup> Lalanne, *Not. historique*, p. 32. *La Gerbe-3, pp. 35-36.*

<sup>69</sup> Cf. cartas de los meses de febrero y marzo de 1830 al P. Lalanne.

notas del P. Rothéa: «El castillo estaba iluminado, sonaban las tres campanas, se cantó el *Ave maris stella*, los gritos de *Viva nuestro Buen Padre* retumbaban en el aire». Después de estar un tiempo en Saint-Remy, el fundador recorrió rápidamente el Franco Condado y la Alsacia, se detuvo en Nancy, junto a su amigo monseñor de Forbin-Janson, obispo de esta ciudad, y volvió a Burdeos hacia la mitad de octubre para la apertura de los retiros anuales.

Un segundo viaje al Norte, en 1827, fue un poco menos rápido. Pero lo fue demasiado en opinión de sus hijos, que no pudieron verlo en 1828. Le pidieron con insistencia que fuera al año siguiente, y él aceptó la invitación como se deduce de su carta a Clouzet, fechada el 19 de enero de 1829<sup>c</sup>: «Nuestros Hermanos de Colmar, a primeros del año, me han ofrecido ahorrarse hasta un total de mil a mil doscientos francos para los gastos de mi viaje a Alsacia. He aceptado el ofrecimiento a condición de que no lleven la economía hasta perjudicar a su salud. Creo que sería conveniente que inmediatamente después de Pascua me ponga en camino para la visita de todas nuestras casas tanto de hombres como de mujeres y que esté bastante tiempo en cada una para arreglar todo lo que se refiere a las cosas y a las personas». Salió más pronto que de costumbre y consagró más tiempo a cada casa. Pero como se habían multiplicado los establecimientos, el tiempo que les dedicó pareció demasiado breve.

Sería largo y monótono seguir al P. Chaminade en el detalle de sus viajes. Será más interesante ver algunos de los resultados conseguidos durante sus visitas. Le veremos fortalecer las fundaciones nacientes, hacer progresar sus obras y asegurarles esa vitalidad interior, cuya necesidad se revelará pronto urgente, en la hora ya próxima de las pruebas.

En su primer viaje, el P. Chaminade decidió la fundación de un convento de Hijas de María en el Franco Condado. Cuando sus hijos se establecieron en Saint-Remy, se propuso que les siguieran en el Norte sus hermanas en cuanto las circunstancias se mostraran propicias. Se confirmó en esta idea al ver llegar al noviciado de las Hijas de María excelentes vocaciones venidas de Alsacia, del Franco Condado y de Suiza. En lugar de imponerles el largo viaje a Burdeos, ¿no era natural abrirles un refugio próximo a su tierra natal?

Primero puso los ojos en Colmar, pero las Hermanas de la Providencia dirigían escuelas populares de la ciudad, y dudaba en abrir un internado en los alrededores, como se le proponía, porque hubiera sido renunciar a la obra de la Congregación. Abandonó completamente este proyecto cuando supo que los jesuitas preparaban una casa de Damas del Sagrado Corazón en Kientzheim, a poca distancia de la ciudad de Colmar.

En aquel momento, el P. Bardenet pidió las Hijas de María para Vesoul, cabeza de distrito de la Haute-Saône, que era la ciudad más cercana a Saint-Remy. Proponía la compra del antiguo convento de capuchinos donde los Misioneros habían tenido al principio la idea de reunir a los maestros. Las negociaciones, llevadas por el P. Caillet y el P. Bardenet, parecían ir por buen camino, cuando sobrevinieron complicaciones y obligaron a dejar todo. El P. Chaminade dijo entonces a su representante<sup>70</sup>: «Me parece que no ha llegado todavía el momento de la Providencia. Y sin embargo, el establecimiento de las Hijas de María es más interesante de lo que se podría pensar a primera vista. Tengo la intención de hacer el compañero de Saint-Remy para la regeneración del otro sexo».

El P. Bardenet no era un hombre que se arredrase ante las dificultades. Al escapársele Vesoul, buscó fuera y descubrió en Arbois, en el Jura, otro convento de capuchinos puesto a la venta en condiciones ventajosas. Llevó allí al P. Chaminade, que aceptó su elección. Se preparó enseguida una comunidad en Burdeos y se puso en camino en cuanto el Buen Padre, que acababa de volver, tuvo tiempo de darle sus instrucciones con su bendición paternal (octubre 1826).

La primera fundación de las Hijas de María en el Norte atravesó pruebas de todo tipo, desde las incomodidades de un viaje de tres semanas a merced del más lastimoso carruaje, hasta la enfermedad que estuvo a punto de llevarse a la nueva Superiora, la Madre de Casteras, sobrina<sup>d</sup> de la fundadora. Aquejada de la fiebre tifoidea, estuvo durante mucho tiempo entre la vida y la muerte. El P. Lalanne, de Gray, y Dominique Clouzet, de Saint-Remy, se apresuraron a llevar ayuda y consuelo a la afligida comunidad. La Madre de Casteras se salvó gracias a las oraciones de sus hijas. Abierta entre lágrimas, la casa de Arbois consiguió frutos abundantes: congregaciones,

<sup>c</sup> Carta 470, *Lettres*, t. II, p. 344.

<sup>70</sup> Al P. Caillet, 7 de junio de 1825. *Entresacado de la carta 347, Lettres*, t. II, pp. 56-57

<sup>d</sup> La Madre de Casteras era prima de la fundadora, no sobrina.



escuelas gratuitas, internado, noviciado, todo estuvo pronto en actividad. En 1827, el Buen Padre vino en persona a bendecir esta primera colonia lejana y a dar a sus hijas los retiros anuales.

Preparaba una segunda fundación en la Baja Alsacia. Un vicario de Estrasburgo, el P. Libermann, le ofrecía un convento cerca del santuario de la santísima Virgen, en Rheinackern, entre Wasselonne y Marmoutiers. Las Hijas de María llegaron allí en 1828. Pero, por un capricho incomprensible, el párroco del lugar trató de separarlas del Instituto y someterlas a otras reglas. La extrañeza que provocaron sus propuestas le hizo ver que no iba a ganar nada por ese lado. Las construcciones eran de su propiedad personal, y fue difícil, por no decir imposible, vivir en buena armonía. El P. Chaminade visitó la comunidad en 1829 y reconoció que la situación era insostenible. Escribió a Clouzet<sup>71</sup>: «No creo que desde el nacimiento del cristianismo se haya visto nada tan curioso en una fundación religiosa». A pesar de la insistencia de las autoridades locales, que habían tenido tiempo de apreciar el mérito de las Hijas de María, las retiró de Rheinackern y las trasladó a la antigua abadía de Acey, en el Franco Condado, que era una soberbia propiedad situada en el rico valle de Ognon y recientemente adquirida por el P. Bardenet. Abrieron un internado. El P. Bardenet vino a vivir junto a ellas y les sirvió como capellán hasta su muerte.

Al mismo tiempo que procuraba a sus Hijas este nuevo crecimiento, el P. Chaminade se preocupó, durante sus diversas estancias en París, de asegurarles el reconocimiento legal del que gozaba ya la Compañía de María. En 1825, el P. Caillet había recibido la misión de negociar simultáneamente el reconocimiento de las dos asociaciones, pero en ese momento se estaba elaborando una ley sobre la autorización de las comunidades de mujeres. Fue votada el 24 de mayo de 1825, y causó una penosa decepción en el P. Chaminade. Dice al P. Caillet<sup>72</sup>: «Parece fastidioso que esta ley haya aparecido tan pronto». Efectivamente, esta ley no estaba concebida con un espíritu católico, y parecía incluso excluir la perpetuidad de los votos. En estas condiciones, no se apresuró a seguir sus gestiones. Sin embargo, pronto la instrucción ministerial que determinaba el modo de aplicación de la ley, le tranquilizó sobre las intenciones del gobierno. Aprovechó sus dos estancias en París en 1826 y 1827 para preparar el reconocimiento legal de las Hijas de María y lo obtuvo por ordenanza del 23 de marzo de 1828, dos meses después de la muerte de la fundadora.

El primer viaje del fundador al Norte tenía por objeto no sólo la introducción de las Hijas de María en estas regiones, sino también el desarrollo de la Compañía de María en Alsacia, como consecuencia de lo acordado con el P. Mertian. Por una parte, se había aceptado el castillo de Saint-Hippolyte y se había recogido a algunos de sus religiosos, y, por otra, se había contraído el compromiso virtual de suplir la desaparición de la Congregación de los Hermanos de la Doctrina cristiana y desarrollar las obras de educación, principalmente las escuelas primarias.

El P. Chaminade recorrió la rica llanura de Alsacia y se edificó de la fe de las poblaciones, así como de su devoción a María, de la que Louis Rothéa le había dicho: «No hay tierra en Francia donde se tenga una devoción tan tierna a María. Desde siglos, se recita públicamente el rosario todas las tardes en las iglesias, y, durante el invierno, en casi todas las familias católicas». Comprendió que María bendeciría a su Compañía en estas tierras de predilección, y enseguida decidió la apertura de un internado en Saint-Hyppolite y de una escuela en Ammerschwir. Los dos puestos habían sido ocupados por los Hermanos del P. Mertian. Al año siguiente, se abrieron dos nuevas escuelas, una en Ribeauvillé, donde antes se encontraba el noviciado de los Hermanos, y la otra en Sainte-Marie-aux-Mines, donde el P. Rothéa había sido párroco. En todas partes creó congregaciones de niños y jóvenes, para completar la obra de la escuela. Desgraciadamente la escasez de sacerdotes de la Compañía no le permitía darles el desarrollo que hubiera deseado. A la casa de Colmar, cada día más floreciente, agregó una escuela especial, que fue a la vez una escuela primaria superior y lo que él llamaba una escuela conjunta, donde se prepararon futuros encargados para las industrias importantes de la región.

La reputación del joven director de la escuela, un natural de Agen llamado Coustou, sobrepasó pronto los límites de la ciudad de Colmar. Sus talentos de calígrafo eran particularmente apreciados y su método, que fue imprimido pocos años después, le dio una merecida fama.

La bendición de María era visible no sólo por el éxito de las escuelas, sino también por el número y la calidad de las vocaciones. Una de ellas más que una simple mención, por el papel que

<sup>71</sup> 10 de marzo de 1830. *Error en el destinatario: es a M. Maimbourg, párroco de Colmar. Carta S. 508bis, Lettres, t. VIII, p. 362.*

<sup>72</sup> Carta del 23 de junio de 1825. *Carta 352, Lettres, t. II, p. 65.*

desempeñó y por la singularidad de las vías por las que la Providencia le dirigió hacia la Compañía de María. Nos referimos al P. Léon Meyer, destinado a abrir Norteamérica al celo de los hijos de María. Era originario de Eguisheim, a una legua de Colmar. Después de su ordenación (septiembre de 1823), monseñor Tharin le ofreció el puesto de capellán de la reina católica de Suecia. Iba a marchar cuando fue retenido por la muerte de un familiar, y, cambiando de idea, pensó en abrazar la vida religiosa. En otoño de 1827, se dirigía a Friburgo en Suiza, donde se encontraba entonces el noviciado de los jesuitas, cuando en el camino se dio cuenta de que había olvidado sus papeles. Escribió a su familia para que se los enviaran y, mientras esperaba, fue a Saint-Remy para arreglar la admisión como interno de uno de sus hermanos.

Cuál no sería su sorpresa al encontrar en Saint-Remy a su compañero de estudios, el P. Rothéa, que, abordándole, le dijo sin preámbulos: «¡Es la Providencia quien le envía! Contamos con usted para ayudarnos a confesar a nuestros doscientos maestros que están de retiro; nosotros no somos más que tres, dos misioneros y yo, para tanta gente». El P.Meyer aceptó, conoció a los religiosos de María y sus reglas, quedó edificado de lo que vio y oyó, y se encontró tan bien en su compañía, que dijo que ya no quería dejarlos. El hermano, Benoît, cuya plaza en Saint-Remy vino a solicitar, se le unió más tarde en la Compañía de María, así como el fiel criado de la casa, Maximilien Geng, que fue un excelente hermano obrero; finalmente, su hermana entró en el convento de Arbois. El P. Léon fue a hacer su noviciado a Burdeos, y se unió tan fuertemente al fundador que hubiera querido no separarse nunca de él.

En Alsacia, las circunstancias invitaban al P. Chaminade a desarrollar y perfeccionar las escuelas primarias. En el Franco Condado esas circunstancias le señalaban como objeto de su solicitud la enseñanza secundaria y las escuelas normales<sup>73</sup>.

El mérito de haber contribuido en esta región al progreso de los estudios clásicos corresponde sobre todo al P. Lalanne, que acompañó al fundador al Norte, en su viaje de 1826, y tomó la dirección del colegio municipal de Gray. Este centro había sido dirigido por los jesuitas antes de la Revolución, pero desde hacía tiempo estaba en decadencia. Escribió el P. Lalanne a su llegada<sup>74</sup>: «Es un colegio que hay que reorganizar desde el sótano hasta el desván, es un internado que hay que hacer. No hay nada más que las mejores disposiciones en la población y un verdadero afecto por parte de las autoridades. Lo que sobre todo me satisface es que en este lugar se tienen gran devoción a la Virgen: Nuestra Señora de Gray es venerada por toda la población». Encontró aquí la obra primera de la Compañía, una congregación floreciente de artesanos, formada en otro tiempo por los jesuitas. Él tomó su dirección.

En el colegio, su éxito fue completo. Se reveló como un educador de primer orden. Sus cualidades brillantes habían madurado con la experiencia. Había ya probado su talento en Burdeos, primero en el internado Sainte-Marie y después al frente del pequeño seminario de la Compañía, en la calle Lalande. Aportaba a Gray no sólo los métodos y el sistema de emulación de Burdeos, sino también ese sentido de la educación que en él era innato además de un producto de la observación. Unía a un excepcional conocimiento de la juventud, de sus defectos y de sus resortes, una aptitud extraordinaria para ganar el corazón de los niños, para atraerlos, para seducirlos con el encanto de una charla siempre amena, para concederles, en el tiempo oportuno y en la justa medida, el elogio y la censura, para amarlos y hacerse amar de ellos; en una palabra, para conducirlos como él quería en beneficio de su desarrollo intelectual y moral. Profesor interesante, así como hábil educador, hacía viva su enseñanza; las materias más arduas revestían un encanto poético que fluía como de una fuente. Su imaginación, siempre despierta, era sensible a todas las voces de la naturaleza: de ahí, a pesar de la tendencia literaria de su espíritu, su gusto por las ciencias naturales. Las había cultivado en Burdeos con predilección, había contribuido a fundar la sociedad naturalista de esta ciudad e impulsó sus investigaciones hasta publicar incluso un tratado de entomología. De alma sensible que amaba todo lo que es noble y bello<sup>75</sup>, el P. Lalanne estaba dotado de una voluntad enérgica y capaz de grandes sacrificios que, a los cincuenta años, le permitirá todavía hacer de

<sup>73</sup> Lo que no le impedía fundar escuelas primarias, cuando se presentaba la ocasión, como por ejemplo la de Orgelet en 1827.

<sup>74</sup> Al P. Collineau, 21 de septiembre de 1826. *AGMAR 25.1.5*.

<sup>75</sup> Se comprende que, teniendo esas inclinaciones, se haya negado a secundar a los enemigos de los autores clásicos en sus reivindicaciones. Se puede encontrar su respuesta espiritual a Louis Veuillot en su libre *Education* (París 1870), p. 366. Escribió gran número de obras, principalmente un tratado de retórica, apreciado en su tiempo.

nuevo un trabajo de estudiante y afrontar, sin falsa vergüenza, un examen concebido para otra edad, pero cuyo título debía servirle para hacer un mayor bien<sup>76</sup>.

Acudieron a Gray de toda la provincia, y pronto el P. Lalanne se vio al frente de un soberbio colegio de doscientos alumnos. Según cuenta el obispo de Nimes, monseñor Besson<sup>77</sup>, «muchos años después se hablaba allí todavía de este joven director que tenía, en un grado increíble, el arte de ganarse a los niños, el arte más difícil de permanecer maestro de una juventud que crece. Yo fui capellán del colegio de Gray en 1846, y encontré esta casa llena todavía del encanto y beneficios de su dirección. La había gobernado durante tres años, pero dieciséis años después su nombre estaba en todas las memorias y en todos los corazones».

El P. Lalanne se encontró pronto con las trabas universitarias. Primero esperó, como había oído al P. Chaminade, que el gobierno cediese el colegio a la Compañía de María. Esta esperanza se desvaneció a la caída del ministerio Villèle. Desde entonces, el P. Lalanne puso sus ojos en Saint-Remy para continuar allí su tarea con mayor independencia. Le fue aceptada la dimisión que presentó en 1829, después de haberse puesto de acuerdo con el P. Chaminade. El clero de la diócesis, salvo raras excepciones, no veía bien esta alianza de la Compañía con la universidad. Escribía el P. Lalanne<sup>78</sup>: «No querían que la gente honesta se inmiscuyese en las cosas de la universidad», tan grande era la hostilidad contra la institución del Estado, hostilidad que las famosas ordenanzas de junio de 1828 no sirvieron precisamente para debilitar.

En Saint-Remy, el P. Lalanne encontró una escuela secundaria, constituida desde 1825, pero llevada de manera insuficiente. Consiguió que el gobierno la erigiese como *institución* y comenzó a realizar ensayos pedagógicos muy interesantes. La mayor parte de los alumnos de Gray siguieron a su director a Saint-Remy y se encontraba así teniendo elementos ya conocidos, con la certeza de una confianza ilimitada por parte de las familias.

Una de las partes originales de su programa era dar a la educación física un lugar mucho más importante de lo que se hacía hasta entonces. Para ello, le hacía falta espacio, aire y grandes horizontes. Saint-Remy le procuraba abundantemente esos elementos: un parque inmenso entrecortado de césped, vergel y bosque; un aire puro no viciado por la proximidad de ninguna ciudad ni ninguna fábrica; un panorama soberbio, limitado por una parte por la cadena lejana y regular de los Vosgos y, por otra, por las laderas más cercanas que encuadran la cuenca del Saône.

El P. Lalanne sacó partido de estas ventajas, multiplicó los paseos y los ejercicios corporales, hizo una piscina de natación e introdujo la equitación. La misma enseñanza aprovechó del aire libre. La geología, la botánica y la astronomía se aprendían como jugando, bajo la dirección de un maestro que sabía comunicar su pasión por las cosas de la naturaleza. Las ciencias positivas se inculcaban a veces con la ayuda de símbolos materiales y tangibles. El soberbio césped que se extiende delante del castillo fue transformado en un gigantesco mapa de Francia, donde no faltaba ni el relieve del suelo, ni los límites de los departamentos, ni los ríos, ni las ciudades. Era una de las maravillas de Saint-Remy: se venía a admirarla de lejos. Todavía hoy el nombre de *carte* [mapa] recuerda el lugar en que se exhibía este magnífico dibujo.

El plan de estudios era tan innovador como el sistema general de educación. Abriendo brecha audazmente en las tradiciones clásicas, el P. Lalanne pretendía adaptar mejor los estudios secundarios a las necesidades de la sociedad moderna, trasladando, según sus palabras<sup>79</sup>, «a los elementos de la literatura propiamente dicha y de las ciencias, la base del sistema de enseñanza secundaria que, hasta el presente, ha reposado sólo en la lengua latina». Pensaba que la parte preponderante dada al latín había tenido su razón de ser, cuando el latín era la lengua culta, pero que había llegado el tiempo de liberarse de esta traba. En consecuencia, dividía la enseñanza «en tres ramas, las ciencias matemáticas, las ciencias positivas y las letras». Y añadía: «Cada una de estas ramas tiene poco más o menos igual importancia, por lo que las hemos hecho ir juntas, dando a una u otra la preponderancia que pedían o permitían los progresos de la inteligencia y de la instrucción. De esta distribución resulta que se ha dado una gran parte a las matemáticas y a las ciencias positivas, de las que nuestro siglo está tan ávido y la enseñanza secundaria tan carente».

El griego se convertía en accesorio y el estudio de la lengua latina no tuvo más que el privilegio «de ordenar el buen gusto en literatura». La lengua francesa debía ocupar el primer

<sup>76</sup> El título de licenciado y a continuación el de doctor en letras.

<sup>77</sup> Citado en la obra *Le Collège Stanislas. Notice historique*, p. 269.

<sup>78</sup> 12 de septiembre de 1826, al P. Chaminade. *AGMAR* 27.1.573.

<sup>79</sup> Programa de los ejercicios clásicos, 1832.

puesto en la cultura literaria. Las lenguas vivas, el alemán y el italiano, contribuían a esa cultura literaria junto al francés y latín. Finalmente las artes de adorno gozaban en este nuevo plan de estudios de una importancia más que accesoria. Dice el P. Lalanne: «no hemos llegado a ponerlas a la misma altura de las ciencias y las letras, pero van a continuación, para acabar y completar la obra de la educación desde el punto de vista de la instrucción».

El internado de Saint-Remy fue pronto famoso. Las autoridades de la provincia venían a visitarlo y los padres, a pesar del aislamiento del castillo, acudían a todas las fiestas. No se hacían representaciones teatrales, pero, como en el colegio Sainte-Marie de Burdeos, se hacían sesiones de la Congregación y la Academia de emulación. La parte que más gustaba era la escena dialogada sacada de la historia de Francia o de alguna otra materia clásica, cuya redacción se debía al talento del director. Al final del año escolar, exámenes públicos permitían a los padres darse cuenta de los progresos de sus hijos.

¿Qué pensaba el P. Chaminade de estas audaces innovaciones? En principio, no las desaprobaba, pero las juzgaba exageradas y precipitadas. Dice al P. Lalanne<sup>80</sup>: «Creo que se equivocaría si pensase que, como casi todos los viejos, no estimo lo que he visto y aprendido. Estoy convencido de que el plan de estudios y los métodos para ejecutarlos pueden ser mucho más perfectos, que en el mismo tiempo se puede aprender más y mejor. Sólo tenga en cuenta que el plan de un edificio, por muy geométricamente que haya sido diseñado, no se construirá nunca bien y sobre todo sólidamente, si el terreno no está bien dispuesto». Al mismo tiempo, le invitaba a ser menos radical y sobre todo menos impulsivo en sus reformas. El P. Lalanne tuvo que reconocer más tarde que el P. Chaminade tenía razón<sup>81</sup>. En el conjunto, sin embargo, el éxito respondía a sus esfuerzos. Bajo su hábil dirección se formaban al mismo tiempo maestros jóvenes para la Compañía de María, y así se preparaba en ella el desarrollo de la enseñanza clásica. Es verdad que el monopolio de la universidad oponía a este desarrollo un obstáculo irreductible y condenaba a la enseñanza secundaria a no ser por el momento más que un objeto accesorio entre las obras de la Compañía de María.

El P. Chaminade se daba cuenta de esta situación y ponía todo su esfuerzo en las escuelas normales. Esta es la obra de la hora presente, decía a Dominique Clouzet<sup>82</sup>. Y añadía<sup>83</sup>: «Tome todos los medios para el éxito de las escuelas normales, de los retiros y también para el establecimiento de Besançon (el del hospital). Aunque creo que las demás obras nuestras están en el plan de la Providencia, considero a éstas como directamente inspiradas por el espíritu de Dios y como obras que deben ser esenciales de la Compañía de María». Algunos meses más tarde añadía<sup>84</sup>: «Explíqueme su plan porque, como usted sabe, de nuestras obras principales, ésta es la que más me interesa en general». Durante cada una de sus estancias en Saint-Remy, se ingeniaba para aportar alguna mejora. Podía contar con la colaboración de todas las autoridades locales. El prefecto, señor de Brancas, se esforzaba en conseguir de todos los alcaldes de su departamento el envío a Saint-Remy de uno o dos candidatos a cuenta del municipio.

Pero, en el pensamiento del P. Chaminade, Saint-Remy no era más que la parte de un entramado. Cuando apenas llevaba un año funcionando esta primera escuela normal, le vemos esforzándose en la difusión de una institución tan útil. Es incluso sorprendente ver al humilde fundador, tan reservado en toda circunstancia, lanzarse aquí sin dudar a empresas ambiciosas y aportar para su realización un apresuramiento que no era habitual en él. Se diría que presentía una revolución próxima y tenía prisa por asegurar a Francia una institución capaz de conjurar el azote o de atenuar sus desastrosos efectos.

En 1825 su plan era comenzar por París, donde monseñor de Quélen y el prefecto de policía, de Chabrol, deseaban vivamente un establecimiento de este tipo. Se puso la vista en un gran inmueble, el hotel Richelieu<sup>85</sup>, que parecía reunir todas las condiciones. El P. Chaminade, al

---

<sup>80</sup> 9 de marzo de 1830. *Pequeño error en la fecha: carta 505, de 3 de marzo de 1830, Lettres, t. II, p. 437 Id.*, 23 de agosto de 1832. *Carta 640, Lettres, t. III, pp. 179-182.*

<sup>81</sup> Se puede comprobar esto por las teorías que expone en su libro *Education*, publicado en 1870, donde se muestra muy juicioso.

<sup>82</sup> 5 de diciembre de 1831. *Carta 611, Lettres, t. III, pp. 97-101.*

<sup>83</sup> A Clouzet, 15 de mayo de 1827. *Carta 434, Lettres, t. II, p. 281.*

<sup>84</sup> 27 de diciembre de 1827. *Carta 444, Lettres, t. II, p. 300.*

<sup>85</sup> En la avenida de Béthune.

autorizar su compra, decía<sup>86</sup>: «El gran hotel Richelieu me parece muy adecuado para un establecimiento religioso tal como haría falta en París: la obra principal y directa debería ser una escuela normal de enseñanza primaria, acompañada de retiros anuales. En esta escuela se recibiría no sólo a los jóvenes maestros del departamento del Sena, sino también a todos los de las provincias que preferirían esta escuela a las que pudieran encontrar más cerca. Con estas escuelas conseguiríamos la reforma de la clase numerosa del pueblo, que es un objetivo de la Compañía de María. Si hablo de un gran establecimiento a fundar en París, es porque daría un buen impulso a la obra tan importante de la que se trata y a la de las congregaciones tan útiles en todas partes, pero sobre todo en París». Añadía: «Si Dios nos quiere en París, no habrá ningún problema ni inquietud por nuestra parte»<sup>87</sup>.

¿Dios no quería la realización de este propósito en esta época? sólo los hombres pusieron los obstáculos? Lo cierto es que nadie se presentó para ayudar al P. Chaminade a encontrar los doscientos mil francos necesarios para la compra del hotel Richelieu y que la obra se quedó en situación de proyecto.

Más cerca de Saint-Remy, el departamento del Jura pedía el beneficio de una escuela normal de la que gozaban ya el Doubs y la Haute-Saône. La sede episcopal de Saint-Claude, restablecida en 1823, estaba ocupada por un prelado muy emprendedor, monseñor de Chamon<sup>88</sup>, que tomó el asunto con gran interés y buscó edificios para albergar la escuela. Se le ofreció gratuitamente un antiguo priorato de canónigos regulares<sup>89</sup> situado en el pueblo de Courtefontaine<sup>90</sup>, en el límite norte de su diócesis. Sin demora, transmitió el ofrecimiento a la Compañía de María y al P. Chaminade, cuya reputación conocía desde hacía años pero ignoraba todavía sus obras.

El P. Chaminade no quería comprometerse inmediatamente, porque en ese momento el P. Bardenet estaba negociando con un antiguo capuchino, el P. Agathange, la erección de la escuela normal en Lons-le-Saulnier, capital del departamento. Entonces el ardiente obispo dejó al P. Bardenet y a la Compañía de María, escribiendo al vicario, P. Rivière: «Lo que más temo es ver al P. Bardenet mezclarse en este asunto. Sólo tiene planes gigantescos y extraordinariamente caros». Se puso a hacer las cosas más deprisa y a mejor precio. Instaló en Courtefontaine a un antiguo religioso de los Hermanos de San José de Amiens, que hacía poco se había establecido en una localidad de los alrededores de Courtefontaine. Con la colaboración de este religioso, Gabriel Taborin, muy conocido más tarde por fundaciones duraderas<sup>91</sup>, trató de crear un núcleo de comunidad capaz de llevar la escuela normal. No acertó en este intento. El carácter ardiente y todavía inconstante del Hermano Taborin no era el adecuado para una empresa que, ante todo, exigía paciencia. Pocos meses después de la fundación, el obispo encontró su casa vacía: el Hermano Taborin se había retirado, no dejando en aquel lugar ni comunidad ni escuela. Al obispo le gustaba recordar más tarde la aventura y decía un día en que visitaba Courtefontaine<sup>92</sup>: «Aquí, en

<sup>86</sup> Al P. Caillet, 10 de julio de 1825. *Entresacado de la carta 356, Lettres, t. II, pp. 81-83.*

<sup>87</sup> En la carta del 23 de julio de 1825, al P. Caillet, preveía incluso que, una vez fundada la casa de París, la Administración general de la Compañía fuese trasladada allí. *Carta 362, Lettres, t. II, pp. 100-101, aunque la previsión de trasladar la A. G. a París no está muy explícita.*

<sup>88</sup> Monseñor de Chamon nació en Bulgnéville (Vosgos), el 25 de julio de 1767. Ordenado sacerdote en 1789, emigró a Alemania. Vuelto a Francia en 1815, primero fue capellán de un regimiento, después en 1818 vicario de monseñor de la Porte, obispo de Carcassone y antiguo administrador de la diócesis de Burdeos antes del Concordato. Consagrado obispo de Saint-Claude el 13 de julio de 1823, monseñor de Chamon murió el 28 de mayo de 1851.

<sup>89</sup> Los canónigos seguían la regla de san Agustín y dependían de la abadía de Saint-Paul de Besançon. Del priorato no quedaban más que construcciones de poca consideración. La iglesia, del estilo románico más puro, estaba intacta, y todavía se puede admirar hoy.

<sup>90</sup> Así llamado por el nombre de una fuente abundante que, en cuanto sale del peñasco, desaparece en unas cavidades subterráneas.

<sup>91</sup> Nacido el 1 de noviembre de 1799 en la montañas de Bugey (Ain), Gabriel Taborin estuvo primero afiliado a la congregación de los Hermanos de Saint-Joseph de Amiens. En dos ocasiones trató de fundar, sin éxito, un Instituto de Hermanos en la diócesis de Saint-Claude, en la misma ciudad de Saint-Claude en 1824, y en Courtefontaine en 1826. Entonces volvió a su diócesis natal de Belley y fundó allí la Congregación de los Hermanos de la Sagrada Familia, que todavía subsiste. Murió el 24 de noviembre de 1844.

<sup>92</sup> En 1841, en presencia de todo el personal de la casa. Testimonio del P. Benoît Meyer. *Cfr. AGMAR 17.5.312-318.*

esta casa, yo quise fundar una Congregación religiosa de Hermanos de San José para dirigir las escuelas, pero no lo conseguí. No basta ser obispo para fundar una Congregación, hay que ser santo y ser llamado del cielo, como vuestro Padre Chaminade».

Monseñor de Chamon volvió al P. Chaminade, lo conoció personalmente en el viaje que el Fundador hizo al Norte en 1827 y entabló con él una amistad entrañable, de la que le dio pruebas hasta los últimos y dolorosos años de su vida. Por diversas causas, la escuela normal, aprobada antes, al mismo tiempo que la de Saint-Remy, por una ordenanza del 23 de junio de 1829, no pudo abrirse hasta noviembre de ese mismo año. Las autoridades del departamento la acogieron con agrado y se establecieron cursos de enseñanza y retiros según el modelo que se practicaba en Saint-Remy.

Era el momento en que el celo del P. Chaminade proyectaba ambiciosos planes. Mientras duró el ministerio Martignac, sus proyectos de extensión de las escuelas normales estuvieron paralizados porque el gobierno, aunque favorecía la creación de «clases normales», les proponía como modelo la escuela de Estrasburgo, que estaba infestada de liberalismo<sup>93</sup>. Pero el nuevo ministerio era católico, y tanto Polignac como Montbel, conscientes de los peligros y de las necesidades del momento, publicaron circulares y ordenanzas para facilitar el reclutamiento de buenos maestros de escuela<sup>94</sup>. El momento era propicio. Por poco que el gobierno prestase un apoyo serio a las autoridades departamentales, la propagación rápida de las escuelas normales cristianas estaba asegurada, y, con ella, la regeneración de Francia. Esa era la convicción del P. Chaminade, que escribía al P. Lalanne<sup>95</sup>: «He aquí mi razonamiento: la clase del pueblo constituye más de las tres cuartas partes de la población de Francia; por consiguiente, el medio que haría dar a toda la generación naciente una verdadera educación cambiaría, en su mayor parte, el espíritu y las costumbres de Francia. Las escuelas normales, tal como la Compañía de María las entiende, reforman a los maestros de escuela antiguos y forman otros nuevos, que se hacen aptos para dar en todas partes esa fuerte educación que los niños conservan, en su mayor parte, a una edad más avanzada». Y añadía<sup>96</sup>: «Es verdad que Francia se pierde y no puede salir victoriosa de la revolución que la amenaza por todas partes si no se salva la generación del pueblo que viene. Pero ¿cuál es el medio para salvar la generación actual que está completamente corrompida? Los hijos se parecerán a sus padres, tomarán sus principios y costumbres: de tal padre, tal hijo. A falta de los padres, ¿quién les suplirá? ¿Los párrocos, los vicarios? Estos ven raramente a los niños, tienen muy poca autoridad sobre ellos. Estos niños están perdidos si no tienen junto a ellos a buenos maestros de escuela».

El P. Chaminade habló con el ministerio y propuso ponerse de acuerdo con las otras asociaciones religiosas, especialmente con los Hermanos de las Escuelas cristianas, que acababan de inaugurar una escuela normal en Rouen. Lo esencial era que la institución se multiplicase rápidamente. Era el tiempo de oponer este remedio al mal cada vez más invasor de la irreligión.

En espera de una decisión del ministerio, apresuraba la creación inmediata de la escuela normal del Haut-Rhin, que le estaban pidiendo desde hacía varios años. Esta fundación le interesaba mucho: al haber aceptado la sucesión del P. Mertian y no queriendo como él enviar religiosos a los municipios en que fuesen a estar aislados, debía velar por procurar a Alsacia lo más pronto posible maestros cristianos. Después de dudar entre Saint-Hippolyte y Colmar, eligió Colmar, donde el alcalde se ofrecía a correr con los gastos, y la apertura de la escuela de fijó para el otoño siguiente (1830)<sup>97</sup>. Al mismo tiempo, se puso de acuerdo con monseñor de Forbin-Janson para abrir una escuela normal en la diócesis de Nancy, que reemplazase a la de Toul, que acababa de crearse pero tenía un espíritu detestable. Recibió también del cardenal arzobispo de Toulouse la propuesta de ocupar, con el mismo fin, los edificios de la misión del Calvario. Además, proyectaba extender a las maestras el beneficio de una formación profesional cristiana y estudiaba el medio de abrir en las Hijas de María de Acey una escuela normal para las jóvenes.

<sup>93</sup> Circulares del 6 de mayo y del 19 de agosto de 1828.

<sup>94</sup> Especialmente la circular del 19 de diciembre de 1829 y la ordenanza del 20 de febrero de 1830.

<sup>95</sup> 15 de febrero de 1830. *Carta 420, Lettres, t. II, p. 420.*

<sup>96</sup> Al P. Lalanne, 4 de marzo de 1830. *Carta 506, Lettres, t. II, pp. 440-441.*

<sup>97</sup> Cf. carta del P. Chaminade al P. Lalanne, en abril de 1830. *Carta 515, Lettres, t. II, p. 460.* El año anterior había visitado la escuela normal de Estrasburgo y había señalado sus defectos al rector que lo acompañaba (22 de febrero de 1830, al P. Lalanne. *Carta 503, Lettres, t. II, p. 423.*)

Eso no era todo. A finales de abril de 1830, una nueva y más amplia perspectiva se abría a su celo: el conde Alexis de Noailles, valiéndose «de su antigua y muy respetuosa amistad», pedía al fundador que le ayudase para la creación de una escuela normal en la Corrèze, y, después de haber recibido una primera respuesta favorable, le escribía<sup>98</sup>: «El corazón me bate de alegría, pensando que mis deseos han sido bien recibidos y que usted formará en Noailles un establecimiento del tipo que más le conviene. Le ruego que use de mí como de uno de sus hermanos, y cuente con que le dejaremos plena libertad para obrar según el piadoso impulso de lo alto del que usted está lleno. Le diré con satisfacción que es en el mismo ministerio de Instrucción pública donde me han animado a dirigirme a usted. No conozco obra más útil y más aplicable al momento en que nos encontramos que la que nos ocupa». El conde vino a Burdeos a entrevistarse con el P. Chaminade, puso a su disposición todos los recursos materiales que podía necesitar el fundador y le aseguró el próximo establecimiento, por su influencia, de las escuelas normales del Lot, de la Dordogne y del Cantal, en que todo sería dejado a sus cuidados y a su dirección. El conde de Noailles era diputado, todopoderoso en el ministerio y personalmente muy rico. El obstáculo principal, el de las finanzas, estaba salvado.

¿Llegaba el P. Chaminade al término de lo que, en su gran deseo de procurar la gloria de Dios, buscaba con todas sus fuerzas? Parecía que ningún obstáculo debía parar su realización y que iba a crear escuelas normales por toda Francia, porque le proporcionarían un reclutamiento seguro en las regiones del Centro que seguían siendo cristianas. Ya había enviado a Bernard Gaussens a los lugares y preparaba todo para una rápida ejecución cuando un viento de tempestad sopló por Francia y trastocó de un solo golpe todos estos magníficos planes. Dios se contentaba con la buena voluntad de su servidor.

\*\*\*\*\*

---

<sup>98</sup> 19 de mayo de 1830. *Cfr. Lettres, t. II, p. 478.*